
AYUDANOS TERRESTRE
V. A. CARTER
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
IBAÑEZ

# ¡Ayúdanos Terrestre!

V. A. Carter

Edit. Valenciana


V. A. CARTER
¡AYUDANOS, TERRESTRE!
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO




## Capítulo I

DANIEL Theubis se detuvo unos instantes junto a la barandilla que separaba el espacio reservado a los bañistas del resto de la terraza.

Su mano se elevó maquinalmente, aflojando el agobiador nudo de la corbata. Hacía un calor sofocante y las frescas aguas de la piscina invitaban al chapuzón.

Con la americana bajo el brazo prosiguió su camino hacia las casetas. Alguien que pasaba por detrás de él tuvo que hacer un rápido movimiento para que ambos no tropezaran.

—¡Vaya…! —murmuró Dan, conteniendo a duras penas un admirativo silbido.

No era para menos. La rubia que le había esquivado tan ágilmente era un verdadero monumento de mujer, y aunque no podía verle el rostro en estos momentos, tenía la seguridad de que éste no desentonaría con el resto de la soberbia anatomía que se ofrecía a sus ojos enfundada en el ligero vestido de playa.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía echó a andar tras ella. No era precisamente que la siguiera, ya que aquélla era su ruta, pero tan pendiente llegó a estar de la muchacha (sin lugar a dudas era muy joven), que no se fijó en los dos peldaños descendentes que se interponían en su camino.

Trompicando volvió a la realidad. Estaba ante una fila de puertecillas, cada cual con su cifra correspondiente pintada en negro sobre el tablero chapado de plástico. Miró la contraseña que llevaba en

la mano, comprobando con disgusto que había pasado de largo.

Volvió atrás, echando una última ojeada a la rubia. Estaba cerrando tras sí una de las puertecillas.

Ligeramente contrariado ante el relativo fracaso, no consolándole ni siquiera el pensamiento de que dentro de pocos minutos podría recrearse nuevamente en su contemplación, penetró en la cabina que le había sido asignada.

La americana fue a parar a una de las perchas que colgaban dentro del diminuto armario, seguida por la corbata y, casi inmediatamente, la camisa.

Con aire de duda se quedó contemplando el atalaje de correas que le sujetaban la pistolera debajo del sobaco. No debía haber traído esto aquí. Bien era cierto que cuando menos lo pensara podía recibir una llamada y debía estar preparado al segundo para entrar en acción. Pero, ¿precisamente no iban a dejarle en paz la media hora que necesitaba para sacudirse de encima el amodorramiento?

Nuevamente le acometió aquella especie de náusea. Era extraño en él, que ignoraba lo que era la más ligera indisposición.

Se sentó en el taburete, apoyando los codos en las rodillas y la frente en las manos. La pistola se balanceó delante de él, moviéndose rítmicamente, como un péndulo.

Debía estar verdaderamente enfermo… Los ojos se le nublaban hasta el punto de que apenas le era visible la pistola, como si se interpusiera una niebla que se iba espesando gradualmente.

Relajó más el cuerpo, sintiendo un momentáneo alivio; pero la sensación de estar flotando se acentuaba por segundos.

Un repentino pánico le acometió, pero, antes de que se diera cuenta del porqué, se sintió caer en un profundo pozo sin fondo. Trató de gritar… y la oscuridad se cerró sobre él.

Durante unos segundos Dan Theubis estuvo disuelto en el Cosmos, cada átomo de los componentes de su cuerpo desligado de los demás.

Luego, muy lejos de allí en el espacio y el tiempo, otros átomos, exactamente iguales, empezaroñ a agruparse en el mismo orden y cantidad que lo estuvieran sus hermanos

Daniel Theubis renacía… ¿Dónde? ¿Cuando?

* * *

El gong sonó, haciendo reverberar su única campanada por todos los rincones del local. Antes de que se hubieran apagado los últimos ecos los dos rivales de turno se enfrentaban, estudiándose mutuamente.

Eran dos verdaderas montañas de carne. Los monstruosos puños, enfundados en los guantes de boxeo, hubieran pasado fácilmente por balones de fútbol. Pechos como barriles, cuellos de toro, formidables

bíceps… músculos en enormes cantidades por todas partes.

Cualquiera de ellos hubiera pasado por un portentoso atleta en cualquier parte, aun vestidos con ropa de calle.

Y sin embargo, Franco Ciggi parecía un auténtico alfeñique si se le comparaba con su adversario. Viéndoles juntos no cabía comparación alguna acerca de cuál de los dos era más fuerte.

Alcide Masso no le llevaría menos de diez centímetros en estatura, veinte en circunferencia torácica y su buena docenita de kilos. En los dos meses escasos que llevaba como profesional nadie había conseguido resistirle hasta el segundo asalto… y mientras él era autorizado por los médicos para combatir siempre que le encontraban enemigo, aunque lo hubiera hecho dos días antes dadas sus magníficas condiciones físicas, sus rivales se veían inutilizados durante una buena temporada. Su puñetazo era algo demoledor, y más de uno había tenido que ser ingresado en un hospital.

Alcide pensaba en todo esto mientras estudiaba a Ciggi. Su preparador le había dicho que alguien estaba influyendo para que le retirasen la licencia: un monstruo de su potencia era un peligro cierto para cualquiera que se le enfrentase. Y decidió golpear con la menor fuerza posible al pobre Franco… Le dejaría que le alcanzase algunas veces, limitándose a esquivar; luego con un ligero uppercut cuando le tuviese cansado… ¡listos!

Por lo visto el otro tenía prisa, o mucho miedo. Se lanzó a un ataque arrollador, desbordando la guardia de Alcide quien no se preocupaba demasiado pos cubrirse: los golpes apenas le hacían mella. Una finta y Ciggi saltó hacia atrás como si hubiera visto una víbora a sus pies… Otra vez reanudó la serie de fulgurantes golpes.

Tal vez fue pura suerte o simplemente acertó donde otros no lo habían logrado aún: la nariz de Masso comenzó a sangrar inopinadamente. Y el dolor no era nada despreciable.

Se cegó de cólera.

Bajando la cabeza como un toro que se prepara a embestir vio cómo el pecho comenzaba a cubrírsele de sangre procedente de la hemorragia en la nariz. El asombro le paralizó por unos momentos. ¡Le había herido!

Los propósitos de poco antes se desvanecieron sin dejar huella. El mismo mundo dejó de existir durante los breves segundos que necesitó para acorralar a Franco Ciggi en un rincón. Un puño derecho cargado de explosiva potencia se estrelló contra el tórax del desgraciado, seguido a continuación

de una izquierda cuya trayectoria ascendente se interrumpió con brusquedad al tomar contacto con el mentón de Ciggi.

Ambos golpes resonaron con claridad en todo el cerrado local.

Franco Ciggi echó la cabeza hacia atrás en forma inverosímil. Sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo y las rodillas parecieron convertírsele repentinamente en gelatina. Al caer, como hundiéndose en la acolchada lona, su cabeza tropezó con la cuerda superior cambiando de inclinación hasta hundir la barbilla en el pecho.

Desmadejado quedó en el suelo mientras el arbitro contaba parsimoniosamente los diez segundos reglamentarios, mientras Alcide sentía desvanecerse poco a poco el rojo velo que le había cubierto los ojos.

Sin esperar a que por los altavoces se proclamase el vencedor del combate ni que el árbitro le izara del brazo según el ritual, Masso pasó una pierna por entre dos de las cuerdas que cerraban el cuadrilátero. A ella siguió el resto del cuerpo. Saltó al suelo, siempre en medio de un profundo silencio del público, que le miraba con una especie de horror, y marchó por el pasillo hacia los vestuarios… solo. Ni siquiera la presencia de su "manager" que pretendía cubrirle las anchas espaldas con un albornoz, era capaz de mitigar la soledad. Se sentía como si estuviera en un mundo vacío… Vacío de comprensión hacia la desgracia que le había hecho la jugarreta de dotarle de unas colosales fuerzas… únicamente aptas para el mal pese a él mismo.

—Ha muerto, ¿verdad? —preguntó, seguro de la respuesta, mientras se tendía encima de la mesa.

El ayudante afirmó en silencio, aplicándose a masajear la montaña de músculos que recubría su esqueleto.

—Le rompí el cuello —afirmó Alcide, totalmente seguro de lo que decía—. Él ni se dio cuenta…

La puerta de entrada se abrió violentamente, dando paso a un individuo elegantemente vestido, que movía sin cesar las manos cubiertas de sortijas.

—¡No pueden hacernos eso, Alcide! —gritó congestionado.

—¿El qué no pueden hacernos? —ni la más mínima huella de interés podía percibirse en la voz del púgil—. ¿Quitarme la licencia?

—¿Cómo lo sabes? —el otro se quedó con la boca abierta por el asombro—. ¡Nadie puede culparte de que hasta ahora no te hayan enfrentado otra cosa que alfeñiques! ¡Nos marcharemos a América y…!

—¡Es inútil, Carlo! Ya no pienso subir más a un ring.

—¿Cóo… mo? ¿Y el contrato que tienes conmigo? ¿Y mi participación en la bolsa…?

—Puedes comerte el contrato, Carlo. Yo no boxearé más.

En silencio se sentó en el borde de la mesa, dejando colgar los pies hasta el suelo. Mientras su agente protestaba, hablando con la rapidez de una ametralladora, tan pronto recurriendo a las amenazas como a las súplicas, Alcide Masso se vistió.

Carlo corrió tras él por los pasillos hacia la salida, vociferando y gesticulando como un Pomerania que provocase a un Gran Danés. Y como un perrillo se encogió hacia la pared cuando Masso se volvió repentinamente.

—¡Déjame ya en paz, Carlo! ¿Quieres hacer el favor?

Libre del moscón, Alcide se sumergió en la noche. No se sentía cansado ni con deseos de volver a casa.

El parque estaba cerca de allí, invitándole a pasear bajo la luz de la luna llena. Alcide obedeció a esta muda llamada y pocos minutos después se había perdido en el laberinto de macizos, setos, arriates y bosquecillos, sin la más ligera noción de su rumbo.

—¡Manos arriba, amigo! —no sabía el tiempo transcurrido. Lo mismo podía hacer dos minutos que varias horas que vagabundeaba por allí cuando sonó esta voz en sus oídos.

Se volvió lentamente. De detrás de un seto acababa de surgir una oscura silueta humana, en cuya mano derecha se divisaba un bulto de azulado brillo.

—¿Qué quiere, compañero? —preguntó Alcide sin hacer caso alguno de la orden. Se mostraba amable con todos, y pese a su aparatosa presencia, el púgil era el ser más pacífico del mundo… si no se le provocaba. Hubiera sido incapaz de hacer daño voluntariamente a una mosca. En cambio tenía el genio pronto y no era necesario buscarle mucho las cosquillas para hallárselas.

—¡La cartera… y lo que lleva dentro de ella! ¡Pronto! —masculló el otro en voz baja. Dos individuos más se habían aproximado, formando un cerco que hubiese impedido la huida de la víctima, si no lo hacían antes las balas de la pistola del primero.

Masso se preguntó por qué le atracaban precisamente a él… y ahora que llevaba encima el importe de la pelea recién terminada. Un buen puñado de dólares.

—¡Venga! ¡Dése prisa! —el de la pistola adelantó un paso para hacerle más perentoria su orden, casi poniéndole el cañón debajo de la nariz.

—Sí, señor —murmuró Alcide por lo bajo. Su mano derecha ascendió hacia el bolsillo interior de la americana.

Pero antes de que hubiera terminado su recorrido se desvió ligeramente hacia afuera, golpeando la pistola del otro. Una llamarada estalló ante sus ojos y el proyectil se perdió en las alturas.

Antes de que ninguno de los atracadores pudiera recobrarse de la sorpresa, Alcide se había abalanzado sobre el primero. Una ligera presión en la muñeca y la mano se abrió al tiempo que los huesos del brazo se quebraron con un chasquido. La pistola cayó al suelo.

Con un horrible grito de dolor el hombre se dejó caer de rodillas.

Alcide se inclinó sobre él con ánimo de preguntarle por qué le habían escogido precisamente como víctima propiciatoria, olvidándose de los otros dos.

La primera noticia que tuvo de ellos fue el frío contacto de una hoja de acero en su espalda.

Con un rugido, más de cólera que de dolor, perdido ya hasta el más mínimo resto de humanidad, convertido únicamente en una fiera herida, el boxeador se revolvió.

Cuando un minuto más tarde llegaron dos policías, se detuvieron aterrorizados ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Un ser monstruoso sacudía a dos hombres, sosteniendo a uno con cada mano, como si se tratara de un par de ratas. Los desgraciados estaban ya sin sentido… o muertos. Pero el otro no parecía haberse dado cuenta de ello. Y rugía… rugía de sorda cólera al comprobar que uno de los que le habían atacado era su ex—representante Carlo, quien al parecer había querido cobrarse una indemnización por la ruptura del contrato en una forma más bien extraña.

—¡Eh, oiga! ¡Deje a esos hombres! —gritó uno de los policías—. ¡Los está matando!

Ni caso. Como si no hubiera oído, Aldde seguía golpeando a placer aquellos restos irreconocibles de personas que tenía entre las manos. Más allá el del brazo roto gemía, tratando de arrastrarse fuera de su alcance.

—¡Vamos por él, Livio! —dijo el otro agente de la autoridad, desenfundando su cachiporra.

Únicamente pudieron golpearle una vez. Un terremoto pareció desencadenarse a su alrededor… y ya no supieron más.

Alcide Masso prosiguió su camino. La vista de los uniformes despertó en él algo de sentido de lo que debía y no debía hacerse, y a cada momento que transcurría aceleraba más el paso, hasta que por fin echó a correr francamente.

Nunca supo cuantos kilómetros recorrió. Cuando finalmente pudo considerarse por completo dueño de sus actos se encontraba en medio de la campiña, en un lugar totalmente desconocido para él.

Y estaba cansado. Muy cansado.

Trató de llevarse la mano a la frente y no pudo. Asombrado se la cogió con la otra, encontrándola llena de algo oscuro y resbaladizo. Un pinchazo de dolor en el hombro evocó en él el recuerdo de la cuchillada recibida poco antes. ¿O hacía ya varias horas?

Imposible saberlo. La hemorragia no parecía muy fuerte, pero debía haber perdido bastante sangre en todo este tiempo para encontrarse tan débil. Alcide Masso jamás se había cansado al andar.

Se dejó caer al suelo, sentándose sobre la blanda hierba. El hombro

comenzaba a dolerle en serio. Inclinó la cabeza hacia adelante, fijándola, sin ver, en las punteras de sus zapatos. Una especie de mareo le acometió.

Agitó la cabeza tratando de despejarse un poco. Con su fuerza brutal era posible que hubiera matado a aquellos policías. Tenía que huir cuanto más lejos mejor.

Se puso de rodillas, tratando de ponerse en pie. No pudo.

La cabeza volvió a caerle hacia adelante. Sintió que todo daba vueltas a su alrededor, que se desplomaba… Iba a golpearse contra aquella piedra.

Extendió el brazo, deteniendo su caída. Era el brazo herido, y durante un segundo los pinchazos de dolor le hicieron recuperar algo la consciencia. Pero mientras permanecía inmóvil, esforzándose en mantener el equilibrio, su cuerpo comenzó a esfumarse… se hizo traslúcido… Al cabo de dos segundos apenas era otra cosa que una silueta casi invisible.

Finalmente se disgregó por completo.

Muy lejos en el espacio y en el tiempo, Alcide Masso comenzó a reunir dispersos átomos, iguales a los que formaran su anterior cuerpo. En escasos segundos había vuelto a ser tan real como antes… ¿o era *después*?

* * *

Daniel Theubis abrió los ojos, parpadeando repetidas veces para acomodarlos a la luz que penetraba por un amplio rectángulo de la pared de la estancia.

¿Dónde estaba? De momento sus recuerdos eran confusos.

Durante unos instantes trató de concentrarse y organizar su memoria. La última sensación que acudía a él era la de encontrarse enfermo; todo había dado vueltas a su alrededor…

¡Estaba en un hospital! Con seguridad su desvanecimiento fue algo más que una cosa pasajera y alguien le descubrió caído en el suelo.

Giró la vista en derredor. Toda su ropa, excepto la americana, estaba sobre una especie de mesita baja en un rincón. Incluso la pistola, de la que no había tenido tiempo de desprenderse, estaba allí.

¿Y la americana? Lo lógico era que quienes le llevaran al hospital la trajeran también.

Pero, ¿era esto en realidad una clínica?

No tenía aspecto de tal… ni, si a eso iba, de nada que él recordase. Podía tratarse de un dormitorio, salvo que ni la cama ni ninguno de los otros muebles eran parecidos a los que él había visto hasta ahora. Era más bien una combinación de despacho y alcoba a juzgar por la mesa y demás mobiliario.

Trató de llamar la atención de los que le cuidaban, pero no había nada que pudiera parecerse a un timbre o un micrófono.

—¡Vaya suerte perra! —rezongó. Y llevado de un impulso momentáneo saltó de la cama. Se encontraba de pie cuando se percató de su error—. ¡Diablos! Si estoy verdaderamente malo me voy a dar un buen batacazo.

Pero para su gran sorpresa sus rúes se asentaron firmemente en el suelo.

Estaba totalmente desnudo, por lo que echó mano de sus ropas, vistiéndose apresuradamente.

La pistola tuvo que dejarla allí luego de una breve vacilación. No le parecía demasiado correcto pasearse por los corredores de un hospital con aquel trasto colgado del hombro, a la vista de todo el mundo.

Otro problema: la puerta. Lógicamente debía haberla, pero tardó unos momentos en encontrarla. Luego, para abrir se vio en apuros, llegando a temer que le hubieran encerrado de propósito. Por fin, a una ligera presión de sus dedos en determinado lugar de la pared, una porción de ésta pareció esfumarse en el aire, permitiéndole el paso.

Apenas fuera, se encontró con otro hombre que llegaba, quien le saludó con una amistosa sonrisa.

—Bienvenido a la Colonia de Olyam en la Tierra, Theubis!

## Capítulo II

DAN Theubis se quedó de una pieza. Aquel hombre habíase expresado en un idioma totalmente desconocido para él, y, sin embargo, ¡entendía perfectamente hasta la última palabra!

Pero su sorpresa fue aún mayor al oírse contestar sin ningún esfuerzo ni acento extraño en la misma lengua.

—¿Quién es usted? ¿Qué hago yo aquí?

La sonrisa del otro no se alteró en absoluto. Era un hombre joven, perfectamente musculado aunque sin excesos. De él se desprendía un aire simpático y bonachón que cautivaba.

Extendió la mano, estrechando la de Theubis.

—Mi nombre es Heram. Si me permite unos instantes, voy a abrirle a un compañero suyo que, al parecer, se encuentra en ciertas dificultades para dar con la puerta. Inmediatamente les explicaré de qué se trata.

Con una acción similar a la empleada por Theubis, hizo desaparecer otro rectángulo del muro. Alcide Masso irrumpió en el pasillo.

Convencido de que, en alguna forma, había ido a caer en manos de la policía, el boxeador se abalanzó sobre Heram. El joven, por lo visto, ya esperaba la acometida, porque de un ágil salto se apartó a un lado.

—Por favor, Alcide —dijo, sin alzar la voz, en un tono persuasivo y tranquilizador—. Está usted entre amigos. Nadie pretende hacerle daño alguno.

Masso, debilitado por la pérdida de sangre, se había tambaleado unos instantes. El sentimiento de su falta de fuerzas le anonadó, haciéndole perder toda belicosidad.

Ambos siguieron a Heram hasta otra estancia en que aguardaban nueve personas. Tanto los hombres como las mujeres parecían haber sido escogidos para tomar parte en algún concurso de belleza física. Únicamente uno de ellos, de contrahecha aunque nervuda humanidad, desentonaba entre todos. Era un hombre de aspecto repulsivo, con la boca más ancha por un lado que por el otro, mirar extraviado, de piernas arqueadas y débiles. Su cabello, negro como el de la mayoría de sus compañeros, le caía en rebeldes mechones sobre la frente.

La sala era bastante amplia, y como único mobiliario estaba dotada de una especie de escabeles de acolchado asiento. Sin embargo, todos permanecían de pie, como dominados por el nerviosismo. Al entrar Theubis con sus dos compañeros, todas las miradas convergieron en ellos.

—¿Qué… consienten? —preguntó uno de los hombres ansiosamente.

—Aún no se lo he preguntado, Lan'res —repuso Hcram. Y dirigiéndose a todos ellos, continuó—: Creo que será mejor sentarnos.

Obedientes a la sugerencia formaron prontamente un semicírculo, en cuyo centro colocaron a Masso y Theubis, que estaban todo menos tranquilos ante tal misterio.

—¿Pueden explicarme por qué nos han traído aquí? —preguntó Theubis—. Aunque no conozco a mi compañero, hablo en su nombre porque supongo que su situación será muy semejante a la mía.

—Acierta usted, amigo Theubis —asintió Heram, quien al parecer se había constituido en portavoz de los demás—. Procuraremos ser breves. Necesitamos su ayuda.

—¿Nuestra ayuda? ¿Por qué no me dicen ustedes primero quiénes son y dónde estamos? Ha pronunciado usted unas palabras antes, Heram, que no acabo de asimilar…

—¿Que la Tierra alberga una colonia de Olyam? —sonrió Heram—. Tiene una explicación: nos encontramos, según el calendario de ustedes, en pleno siglo CCCVI antes de la Era Cristiana. No hay poder organizado aquí que pueda echarnos… aún en el supuesto de que supieran nuestra presencia, cosa que ignoran los actuales habitantes aborígenes del planeta.

Theubis soltó una carcajada, sin demasiada alegría.

—¡Supongo que no pretenderán impresionarme con ello! —giró la vista en derredor, buscando algo—. ¿Qué es esto? ¿Un frenocomio o un estudio cinematográfico?

—Ni una cosa ni otra. Le he dicho la verdad.

—Permítame que siga dudando. Yo pertenezco al siglo XX y me precio de poseer una mediana cultura. Eso de los viajes en el tiempo está muy bien para las novelas de ficción científica, pero no para que ocurra en la realidad. Es imposible.

—Eso creíamos nosotros hasta hace pocos días. Sin embargo, Hebaiston ha obrado el milagro trayéndoles a ustedes aquí.

El deforme inclinó la cabeza obsequiándoles con una parodia de sonrisa.

—Está bien. Nos divertiremos un poco —convino Theubis—. Cuénteme la historia.

—Se trata de lo siguiente —comenzó Heram—: Nosotros procedemos de un mundo situado a algunos miles de años—luz de este sistema solar…

—¿Ya no se trata de viajes en el tiempo solamente? ¿También lo hacen ustedes a mayor velocidad que la luz, pese a las irrefutables teorías de Einstein?

—¡Por favor, Theubis! —imploró Heram—. Créalo o no, pero

permítame que le cuente la historia. Luego decidirá usted lo que haya de hacer. Le aseguro que tenemos mucha prisa.

—¡Déjale, Heram! —intervino una de las cuatro muchachas, la única de cabellos dorados entre todos ellos. Sin saber por qué a Theubis le recordó la rubia que casi tropezara con él cuando se dirigía a cambiarse de ropa. Pero ¡aquello ocurriría dentro de treinta y dos mil años, según Heram!—. ¿Para qué perder el tiempo? ¡Que les devuelva Hebaiston a su tiempo y tratemos de solucionar el problema nosotros solos!

—No puede ser, Khira —negó el aludido—. Es demasiado lo que nos jugamos para echarlo todo a rodar por un poco de impaciencia.

—Continúe, Heram —rogó Theubis, fustigado por la mordacidad de la muchacha—. Me guardaré mis comentarios para el final.

Heram obedeció. Según él, Olyam era el centro de un poderoso imperio interestelar, regido por la raza humana, extendida a todo lo ancho y largo de la Galaxia.

—Aunque hemos emigrado bastantes olyamitas, la mayor parte de la población humana es oriunda de los respectivos planetas. Nuestra conformación física es, al parecer, la más apta, y un elevado porcentaje de razas inteligentes son exactamente iguales que nosotros mismos.

Habían llegado a la Tierra, estableciendo lo que ellos llamaban una colonia, aunque en realidad era una simple base de estudios. Los que se encontraban presentes componían toda su dotación oficial, aunque habían algunos subalternos.

Una raza inteligentísima y poderosa, oriunda de un planeta llamado Taiton, había irrumpido súbitamente sobre Olyam.

—No son seres humanos como nosotros, sino verdaderos gigantes, tanto en estatura como en inteligencia. Y como aliados tienen a otras razas tan monstruosas como la suya propia. Olyam está llamado a la destrucción si no ocurre algo que les frene en su expansión.

—¿Y para qué nos habéis traído a nosotros?

—Ha sido un accidente fortuito —explicó Hebaiston—. Yo traté de construir un transportador de materia capaz de trasladar seres humanos en el espacio. Y me equivoqué en algo, pues mi aparato actúa en la cuarta dimensión[1]. Lo gradué en busca de los dos individuos más belicosos de Taiton, a treinta y dos mil seiscientos años—luz de aquí, y en el receptor aparecieron dos hombres que han de nacer dentro de trescientos veintiséis siglos: vosotros.

—¿Y qué objeto perseguíais al intentar el secuestro de dos taitonianos? —preguntó Theubis con curiosidad.

—Varios. Suponemos que los dos seres más amantes del combate deben ser importantes para ellos en alguna forma: de esta manera hacíamos dos valiosos prisioneros, al mismo tiempo que no arriesgábamos las vidas de semejantes nuestros en caso de que el

transportador no fuese apto para seres vivos.

—Pues ya habéis visto el resultado de vuestro experimento. ¡Devolvednos a nuestro tiempo!

—¡Espera un poco! —suplicó Heram. Theubis interrumpió el movimiento que había iniciado para levantarse—. Hemos de haceros una proposición.

—Veámosla.

—Tal vez te parezca algo ridículo —vaciló—. Pero no tengo más remedio que decírtelo: tenemos miedo.

—¿Miedo, vosotros? —se asombró el terrestre—. ¿Y yo puedo hacer algo para quitároslo?

—Tal vez. No estamos seguros, pero queremos probar. Nuestra raza lleva muchos siglos sin pelear: somos seres pacíficos y tememos no saber conducir una batalla. Nuestro error os ha traído a vosotros que sentís amor por la lucha.

—Te has equivocado de calle, amigo —negó Theubis—. Yo soy una persona amante de la paz y tranquilidad.

—No lo dudo. Pero estoy cierto de que te lanzarías sin vacilar al combate, sabiendo que era por defender una causa justa.

—¡Eso cualquiera lo hace! ¿Por qué no vosotros también? Se trata de vuestras propias vidas… de la supervivencia de vuestra raza.

—Lo sabemos… y queremos luchar. Pero tememos carecer de coraje.

Está bien. Supongamos que acepto. ¿Cuál sería mi misión?

—Aún no lo sabemos. En cambio sí hemos pensado en la recompensa: ¿Quisieras gozar de casi eterna juventud?

—¡Eso, cualquiera! Pero no creo que sea ocasión de hablar de ello. Me gusta cobrar luego de hacer el trabajo.

. ¿Eso quiere decir que aceptas? —preguntó ansiosamente Khira.

—Sí. Acepto, provisionalmente al menos. Aún quiero saber más. Pero me reservo el derecho a regresar a mi tiempo. ¿Tú que opinas, Alcide?

El italiano se encogió de hombros.

—No sé muy bien de qué habéis hablado —reconoció—. Pero veo que me voy a quedar. La policía me espera en mi país.

Khira se aproximó a Theubis, tomándole familiarmente del brazo.

—Te acompañaré a que veas la base. Así podrás hacerte una idea de lo que es esto… ¡Oh, perdona! Antes sería conveniente que te presentara a todos los compañeros.

A Heram y Hebaiston ya les conocía. Theubis se asombró de saber que aquella bellísima morena, de andares provocativos y sonrisa insinuante, era la esposa del tullido: se llamaba Afria. Aún había otro matrimonio, el formado por Adeses y Persheh, ayudantes de Hebaiston. Los demás eran solteros. Posi'oh, Lan—res, Abalon y Tenis eran los cuatro restantes.

Theubis volvió a maravillarse del espléndido aspecto físico de todos ellos. No podía decirse que fueran exactamente iguales ni que resultara difícil distinguir a unos de otros; sin embargo, la misma descripción cuadraba a todos: buena estatura, majestuoso porte, facciones hermosas, varoniles en los hombres, delicadas en las mujeres, ágiles de movimientos, dando todos ellos sensación de fuerza, cabello negro brillante. Los únicos que desentonaban, como ya observara antes, eran la rubia Khira y el deforme Hebaiston.

Hechas las presentaciones, cada cual desfiló hacia su lugar de trabajo. Khira, Theubis y Alcide quedaron solos.

—¿Me dejáis que vaya con vosotros? —preguntó el púgil delicadamente—. Yo solo me perdería enseguida.

—Puedes hacerlo. Forzosamente hemos de ser amigos en adelante— asintió Dan—. Khira nos enseñará todo lo que haya de interesante aquí dentro.

Primero les hizo salir al exterior para que tuvieran una perspectiva del edificio: se alzaba en una extensa llanura verdeante, con algunas manchas de bosque no demasiado espeso.

La construcción era circular, con un diámetro de un centenar de metros. Constaba de cuatro plantas, cubiertas por un techo en forma de cúpula transparente de forma que el último piso gozaba de una perfecta iluminación diurna en todos sus departamentos. En el centro de la cúpula se alzaba una torrecilla cubierta en igual forma.

—Bonito edificio. Me gusta —afirmó Theubis—. ¿Qué misión cumplís aquí?

Khira sonrió luminosamente.

—En cierto modo vigilamos a los nativos, manteniéndonos al tanto de sus progresos y procurando que sigan incrementando su número. Evitamos que una peste, el hambre o alguna guerra demasiado extensa pueda diezmarlos, retrasando su puesta a punto para incorporarse a nuestra cultura. Por lo demás procuramos no inmiscuirnos en sus asuntos.

—¿Habéis intervenido muchas veces aquí?

—Ninguna hasta ahora. Ni es fácil que ocurra, va que no se suele dar el caso corrientemente. Dentro de un par de miles de años estarán maduros.

—¿Un par de miles? Creo que te quedas corta, Khira. En mis tiempos no se sabe nada de vosotros.

Ella se encogió de hombros.

—No me interesa el futuro hasta más allá de donde se extienda mi vida. Y no pienso llegar tan lejos… Vamos adentro.

Theubis y Masso la siguieron. El primero insistió:

—No me has dicho qué otras tareas realizáis… aparte de hacer de

niñeras de los aborígenes.

Khira vaciló un poco.

—En el piso bajo tenemos nuestras habitaciones —dijo, como tratando de desviar la conversación. Su mano señalaba a un lado y otro del pasillo que estaban recorriendo, en el cual las puertas se sucedían ininterrumpidamente—. En el primero, o sea el de arriba, está la biblioteca, y en el otro los laboratorios y talleres. El almacén lo tenemos en el sótano.

Se introdujeron en un ascensor que los llevó a la última planta.

—No has contestado mi pregunta, Khira —insistió Theubis—. Eso implica falta de confianza hacia quien queréis que sea vuestro aliado.

Estaban en un amplio departamento que ocupaba todo el último piso. Multitud de máquinas llenaban la estancia, cuyo objeto escapó a Theubis.

—Nuestra sala de comunicaciones —explicó la muchacha. Y sin apenas transición, agregó—: Sí, creo que tienes razón… Bien. De todas formas me parece que será mejor que te lo diga yo antes de que lo descubras por tu cuenta: recolectamos materiales radiactivos de los que Olyam está muy necesitado…

—… con lo cual —terminó Theubis— estáis esquilmando mi planeta, cuyos habitantes se verán obstaculizados por una escasez de elementos fisionables cuando su tecnología les permita aprovecharlos.

—Quizás tengas razón —asintió ella en voz baja, con los ojos clavados en el suelo—. Supongo que esto da al traste con nuestras esperanzas de colaboración.

—Eso creo yo —dijo él duramente—. Te agradecería digas a Hebaiston que disponga su máquina infernal para reintegrarme a mi tiempo. ¿Tú vienes, Alcide?

—No, Dan. Lo siento, pero yo me quedo aquí. La policía me hará la vida imposible si regreso. Maté a un hombre… o tal vez dos o tres. Ellos no pueden comprender que lo hice involuntariamente.

—Como quieras. ¿Vamos, Khira?

—Sí. Creo que será lo mejor. Hebaiston está abajo.

Pero una nueva decepción aguardaba al terrestre. Hebaiston le manifestó que era totalmente imposible poner en funcionamiento su máquina sin una previa preparación que le llevaría dos o tres días.

—Pues, ¡procura abreviar! No tengo interés alguno en permanecer aquí un minuto más de lo preciso.

Aquella noche pasó largas horas tendido en su cama sin poder conciliar el sueño. Se imaginaba el momento en que entrase en la máquina del tiempo: Khira, joven, luminosamente bella, estaría allí fuera; resentida por su negativa a prestarles ayuda… y resignada al aniquilamiento. Luego, unos minutos y él emergería en pleno siglo XX.

No habría transcurrido prácticamente ningún tiempo, pero Khira ya no sería sino un recuerdo en su mente. Ella, Masso, Heram… todos, habrían muerto centenares de siglos antes.

¡Y era tan bella!

—¡Bah! —pensó, agitándose intranquilo—. Al fin y a la postre no son otra cosa que unos ladrones.

¿Pero lo eran en realidad? Cierto que lo que ellos se llevaban ahora les sería necesario a los terrestres dentro de trescientos o cuatrocientos siglos; sin embargo, en la actualidad aquello no tenía dueño.

—¡Dan! ¡Dan! ¡Despierta! —la voz le llegó claramente a través del tabique divisorio de la habitación con el pasillo.

Saltó de la cama, empezando a vestirse.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Hemos de marcharnos inmediatamente! —era la voz de Heram—. ¡LOS TAITONIANOS ESTÁN LLEGANDO A LA TlERRA!

## Capítulo III

TEMIENDO que de un momento a otro se desplomara sobre su cabeza el edificio entero, Theubis terminó de vestirse. Esta vez no tuvo en cuenta delicadezas de ningún género para ceñirse la pistolera, adaptándola a su cintura para tener mayor libertad de movimientos.

La noticia le había tomado tan de improviso que tuvo ciertas dificultades en accionar el resorte que abría la puerta. Heram saltaba literalmente en medio del pasillo, acompañado por Masso; este último tan tranquilo como si no fuera la cosa con él.

—¿Dónde están los taitonianos? —preguntó Theubis, temiendo verlos asomar por un recodo de un momento a otro.

—¡Los tenemos casi encima! ¡Antes de tres días estarán aquí!

—¿Tres días? —Theubis soltó una carcajada—. ¡Pero, hombre de Dios! ¡Ya podías haberme dejado dormir tranquilo hasta el amanecer!

—¡Hemos de huir rápidamente! ¡Ocultarnos donde sea! ¡De lo contrario estamos perdidos!

Dan le miró algo despectivamente. Era un verdadero cobarde… o tal vez, pensó tratando de disculparle, se trataba simplemente de lo que le había dicho el día anterior: no estando avezados a la lucha la temían como se teme lo desconocido. Era quizá un sentimiento instintivo que posiblemente se borraría en medio del fragor del combate.

—¿Dónde están los otros?

—Esperándonos. Hemos cargado todos los vehículos disponibles con alimentos. Tendremos que ocultarnos bien para que no nos descubran.

Dan estuvo a punto de hacer un comentario mordaz, pero prefirió reservarlo para cuando estuviera ante toda la guarnición.

Estaban en el mismo lugar donde le recibieran el día anterior. Y más nerviosos aún, algunos de ellos, que el propio Heram.

Khira se abalanzó hacia él, apoyando las manos en su pecho. Los labios le temblaban de miedo.

—¡Tienes que ayudarnos, Dan! ¡De lo contrario estamos perdidos!

—¿Y qué creéis que puedo hacer yo? Desde luego que en estas circunstancias no me queda otro remedio que aliarme con vosotros. Es la única posibilidad que me queda de regresar con los míos. Veamos lo que habéis cargado en los vehículos.

Se trataba de media docena de panzudos aparatos que, calculó, serían capaces de llevar una carga de diez toneladas cada uno a juzgar

por el tamaño de las bodegas. Unas grúas móviles automáticas, en combinación con un juego de carretillas de transporte, estibaban cajas y más cajas.

—Son provisiones —explicó Posi'oh—. He escogido lo más necesario para mantenernos ocultos cuanto tiempo sea posible.

—¡Ya me cansa ese afán de ocultarse! —dijo Dan sintiendo que empezaba a perder la paciencia—. ¿Es que no tenéis ningún resto de dignidad que os impulse a luchar por vuestra raza… aunque sea con la seguridad de morir en el empeño?

Todos callaron, ligeramente avergonzados.

—¿Se le ha ocurrido a alguien incluir unas pocas armas… o algo que pueda servir como tal? —insistió.

—Hebaiston ha insistido en llevarse algunos de sus aparatos —apuntó tímidamente Heram.

—Pero nadie le ha hecho caso, ¿verdad? —le era imposible contener el sarcasmo— ¡Cesad de cargar ya! ¡Hemos de elegir cuidadosamente lo que haya que llevarse! ¡Hebaiston!

El tullido se le aproximó. Durante un buen rato conversaron en voz baja. Theubis hacía rápidas preguntas, como trallazos, que Hebaiston contestaba con la misma concisión.

—¡Ya sabes lo que has de seleccionar, pues! ¡Dejo a tu arbitrio lo que creas necesario cargar!

Con estas palabras finales, Theubis se volvió hacia los otros.

—¿Dónde pensabais ocultaros?

—Por ahí… cuanto más lejos, mejor —repuso vagamente Heram—. Con estos aparatos podemos recorrer un buen trecho en los dos días que nos quedan de tiempo.

—Yo diría que no va a ser preciso correr tanto. ¡Dadme un mapa de la región!

Dos horas después los grandes vehículos de carga iniciaban la marcha. Sus motores apenas tenían potencia suficiente para mantenerlos despegados del suelo con un colchón de aire impulsado por poderosas hélices ocultas dentro del fuselaje y que ocupaban casi la totalidad de la parte baja del mismo.

En el primero, dirigiendo la marcha, Theubis.

Al cabo de tres horas se detenían en medio de un estrecho desfiladero cuyas altas paredes apenas permitían la entrada de la luz diurna. Los transportes tenían el espacio exactamente preciso para maniobrar con infinitas precauciones.

—¡Aquí mismo! —ordenó.

Hebaiston daba los últimos toques a un extraño aparato, semejante a un cañón. Había trabajado frenéticamente durante todo el viaje para ponerlo a punto cuando llegaran allí. Tanto él como sus ayudantes

Adeses y Persheh estaban empapados en sudor y sucios de grasa.

—¡Un momento, Theubis! —dijo el cojo—. Apenas quedan unos ajustes por hacer.

—¡Daos prisa! ¡Si queréis salvar la piel será necesario que contribuyáis con algo de trabajo!

Paseó impaciente por el rocoso suelo, hasta que una voz de Hebaiston le indicó que todo estaba a punto.

La máquina fue encarada a una de las paredes rocosas. Hebaiston accionó un resorte…

Una tremenda polvareda los envolvió instantáneamente. El fuerte viento encajonado entre las paredes del cañón impidió que muriesen asfixiados.

Al cabo de unos minutos Hebaiston hizo alto en su tarea. En la roca se había practicado un limpio agujero, exactamente del tamaño de uno de los aparatos de transporte. Los bordes de la abertura eran tan lisos como si hubieran sido cortados con un cuchillo en un bloque de mantequilla.

Los vehículos penetraron en la caverna, que mediría sus buenos cien metros de profundidad. Allí dentro se hacía preciso utilizar filtros adosados al rostro para poder respirar.

—¡Descargad rápidamente! ¡Necesitamos hacer varios viajes!

Hasta mediado el día siguiente estuvieron transportando víveres, utensilios, aparatos, personas, antes de que Theubis creyera oportuno dar la orden de abandonar el edificio donde habitaran hasta entonces.

Hebaiston había continuado perforando la montaña sin cesar, logrando, por una ingeniosa combinación de ventiladores y conducciones, disolver el polvo en la corriente de agua que discurría por el fondo del desfiladero.

—Es necesario —explicó Theubis—. El viento lo lleva lejos, pero poco a poco se va posando en el suelo y deja una estela blanca apuntando directamente aquí. Si los taitonianos son la mitad de inteligentes que lo que decís vosotros, no tendrían dificultades en encontrarnos.

—¿Cómo habéis conseguido montar ese aparato? ¿En qué forma funciona? —preguntó Khira con curiosidad.

—Eso último pregúntaselo a Hebaiston. Yo solamente puedo decirte que se trata de un disruptor de moléculas, que interrumpe los lazos electrónicos que atan unas con otras. Le sugerí que necesitaríamos practicar una perforación y él hizo el resto. ¡Es un tío grande!

—Es, quizá, el científico más colosal de Olyam. Se vino a la Tierra para trabajar con más tranquilidad —asintió la muchacha.

Un nuevo truco de Hebaiston les permitió bloquear la entrada con piedra artificial, en tal forma que resultaba imposible distinguirla ni

siquiera de cerca.

—¿Qué es lo último que sabéis de los taitonianos? —preguntó Theubis—. ¿Cuándo llegarán?

—De un momento a otro —repuso Heram—. El mecanismo que impulsa sus naves a velocidades superlumínicas en el espacio no puede funcionar en las cercanías de un sistema planetario. Por eso han tardado tanto tiempo en alcanzar la Tierra. La última vez que los localicé estaban a mitad de camino entre la órbita de Marte y la nuestra.

—Habrá que hacer algo, supongo. No podemos estarnos metidos como ratas en este agujero.

—Lo has pensado mejor, ¿no? —preguntó la muchacha—. Por fin te quedas a ayudarnos.

—¿Qué remedio? Hebaiston no puede accionar su máquina, aunque la tiene aquí. Carece de potencia para ello. Si quiero tener la ocasión de viajar en ella tendré que ahuyentar a vuestros enemigos. Además…

—¿Qué? —preguntó ella al ver que se interrumpía.

—No… nada. Nada.

Y dando inedia vuelta se alejó, seguido de Heram.

—¿He de entender que me habéis erigido por jefe? —le preguntó al oliamita.

—Desde luego que sí. Puedes disponer lo que quieras.

—En ese caso tendré que pasar revista a mi ejército. ¿A quiénes consideras más aptos para luchar?

—En principio… a nadie. Sin embargo, creo que no harán demasiado mal papel, por ejemplo, Posi'oh, Tenis, Lan—res… y tal vez Adeses. Sin embargo, este último tal vez lo prefieras ayudando a Hebaiston.

—¿Tenis? —se extrañó Theubis—. ¿Esa muchacha, buen combatiente?

—Tal vez el mejor de todos —sonrió Heram—. También puedes contar conmigo, aunque no respondo de mi valor, lo mismo que del de Abalon.

—Está bien. Haremos lo que se pueda. ¿Y Khira?

—Supongo que en caso de necesidad puede servir.

* * *

Resultaba aburrida la vigilancia. Oculto en un pequeño bosquecillo a dos o tres kilómetros de la que hasta poco antes fuera base de la colonia de Olyam, Dan Theubis se encontraba incómodo dentro de su ajustado traje de escamas metálicas, cubiertas con una amplia capa oscura para evitar que brillasen al sol.

Con los potentes gemelos escrutó una vez más el, en apariencia, desierto edificio. Los taitonianos habían llegado ya, pues a nadie más

podía pertenecer la colosal nave ahusada que aparecía a poca distancia de allí. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que se estaba cociendo allí dentro.

Sus ojos se posaron sobre el aparato de pesada apariencia que reposaba en el suelo a su lado. Con él, adosado a la espalda, había llegado hasta allí… volando, y en igual forma pensaba regresar.

Cayó la noche. Theubis no pudo contener más su impaciencia. A él le gustaba la acción. Se colocó sobre los hombros el "skan", y calzándose los guantes y la escafandra emprendió el vuelo. En breves segundos estaba posado sobre el muro de la base, en su confluencia con la transparente cúpula. A oscuras el interior, le resultaba imposible ver nada. Lentamente redujo la potencia elevadora del "skan", dejándose deslizar por las paredes, asomándose a cada ventana. Finalmente, como un pájaro negro de amplias alas, se quedó inmóvil ante uno de los huecos. No se veía luz en el interior, pero estaba abierto.

Solamente un segundo vaciló antes de penetrar en el interior del edificio. Conocía bastante bien la topografía del lugar.

Si no estaba equivocado en sus suposiciones, los taitonianos debían estar en la biblioteca o en los talleres. Más posiblemente en la primera, ya que éstos habían quedado poco menos que vacíos luego de la selección practicada por él y Hebaiston.

Cuando menos lo esperaba terminó su aventura. Salía del pequeño ascensor que llevaba a la biblioteca, y en el estrecho pasadizo de acceso se dio de manos a boca con un taitoniano.

No tuvo ocasión de fijarse en su aspecto. Solamente pudo ver que se trataba de un individuo gigantesco, de proporciones humanoides en general. Su pistola ladró secamente una sola vez y en la frente del otro apareció un negro orificio.

Aún le fue necesario empujarlo para que cayera y le cediese el paso. La mole cayó con sordo golpe y Theubis corrió por el pasillo irrumpiendo en medio de la biblioteca cuando los allí reunidos apenas habían tenido tiempo de empezar a moverse, alarmados por el estampido.

Cualquiera de ellos, por su apariencia, hubiera podido convertirle en pulpa entre sus brazos. Dan no les dio ocasión para hacerlo. Su protegida cabeza se hundió en el abdomen de uno que se interponía en su camino.

Los dos rodaron por el suelo, pero mucho más ágil Dan giró sobre sí mismo en el aire, cayendo de pie. Su pistola tableteó desencadenando un huracán de muerte en el recinto mientras atravesaba las líneas de los sorprendidos taitonianos.

Al llegar hasta la pared del fondo se revolvió. Eran duros aquellos tipos y ya se precipitaban sobre él, pese a estar heridos un par de ellos

que sangraban profusamente por sendas heridas de bala. El que recibiera el cabezazo aún no había logrado ponerse en pie.

Eran siete los que cargaban. Dan vació el cargador de su pistola, derribando a otros dos, mientras con la mano izquierda tanteaba a sus espaldas. El intenso fuego de barrera contuvo el avance unos segundos, los suficientes para lo que él quería. Parte del muro tras de él pareció desvanecerse en la nada y por allí se arrojó al vacío.

La noche se lo había tragado cuando sus enemigos asomaron al hueco.

Dan dio toda la potencia a su “skan”. El aire silbaba a su paso y en pocos minutos se encontró al abrigo de la cadena montañosa en que tenían el refugio sus amigos. Ya allí disminuyó la velocidad para orientarse.

Heram, implícitamente convertido en su segundo, corrió a su encuentro.

—¿Qué has descubierto? —preguntó anhelante.

—Yo, poco. Ellos han podido comprobar a su costa que este planeta puede serles peligroso… Y si no me equivoco aún tendrán más ocasiones de asegurarse.

—¿Has topado con los taitonianos? —preguntó con asombro Afrias, aproximándosele ondulante. Sus brazos rodearon el cuello del terrestre, y sus labios se apretujaron contra los de él—. ¡Mi héroe!

Theubis miró asombrado a su alrededor, no dando crédito a lo que le ocurría. Khira, con los ojos llameantes de cólera, se aproximó a ellos, tomando de un brazo a la esposa de Hebaiston.

—¡No empieces con tus juegos ya, Afrias! ¡El asunto es demasiado serio para ello!

—¡Suéltame! —trató de sacudirse la presa, pero la mano de Khira parecía haberse convertido en un dogal de hierro. Con voz insultante, silbó—: ¿O temes, acaso, que te lo quite?

—¡Imbécil! ¡Cabeza hueca! —la mano de la rubia chascó contra la mejilla de Afrias dos veces, de palma y de revés—. ¿Crees que en esta vida únicamente cuentan los caprichos?

La mujer de Hebaiston dio un grito de miedo, cayendo al suelo.

—¡Oh! ¡Me has pegado!

—¡Y lo haré otra vez como no desaparezcas de aquí rápidamente, bruja! —amenazadoramente se inclinó sobre Afrias con los puños cerrados.

—¡No! —gritó ésta—. ¡No me pegues más!

Casi a rastras se apartó de ella, echando a correr precipitadamente. Dan se quedó mirando a Khira con admiración y agradecimiento.

La muchacha permaneció unos instantes con la vista fija en el lugar por donde había desaparecido Afrias.

—¡Pobre Hebaiston! —murmuró—. ¡No sabe el error que cometió al casarse con esa…!

Dejó en el aire la dura palabra, volviéndose hacia los hombres.

—¿Y decías que *tal vez* Khira tuviese valor? Yo creo que lo tiene, y no poco. Es enérgica como no he visto muchas, Heram.

Ella sonrió, quitando importancia a la cosa.

—El tratar a Afrias como lo he hecho no demuestra nada, Dan. Puedo asegurártelo. Es el ser más cobarde que he visto jamás.

* * *

—Ahí los tenemos, Alcide.

El italiano preparó una especie de “bazooka” con un largo y afilado cañón, conectándolo por medio de cables a sendas voluminosas mochilas que llevaban tanto él como Theubis.

—¿Ya podemos salir?

—No. Espera un poco. Hay que hacer blanco al primer disparo, por si acaso.

Se encontraban escondidos detrás de unos peñascos a mitad de una ladera, y habían aguardado allí pacientemente durante varias horas a que se produjera lo que estaba a punto de ocurrir.

Un aparato muy semejante a los que los oliamitas utilizaban para el transporte, se arrastraba a pocos metros sobre el suelo. Seguía un claro rastro radiactivo “plantado” por orden de Theubis precisamente con este objeto. Los perseguidores creían haber dado con las huellas de algún transporte de los hombres de Olyam, averiado en sus motores atómicos.

—¡Ahora!

Simultáneamente a esta palabra se produjo un leve chispazo en el arma que apuntaba Masso. El aparato taitoniano, paralizado uno de sus grandes ventiladores, perdió sustentación, precipitándose de cabeza al suelo.

Alcide tomó nuevamente puntería, aguardando la orden de repetir el disparo.

—No nos conviene que salgan de ahí. Sigue tirando.

El arma de que se valían, una variante del perforador de Hebaiston, se dedicó, bajo la diestra dirección de Alcide, a practicar un orificio tras otro en la estructura de la máquina.

De pronto dejó de funcionar.

—¡Maldita sea! —protestó el púgil—. ¡Se ha encasquillado!

Theubis soltó una carcajada ante el desconocimiento de que daba muestras Masso de lo que estaba utilizando. Entrecortadamente, a causa de la hilaridad, dio varias órdenes por un micrófono que formaba parte del equipo de que iba provisto.

—Veremos qué tal se portan los muchachos —comentó al terminar—. Es su bautizo de fuego.

Desde las cercanas cumbres donde habían estado ocultos, varios enormes buitres parecieron desplomarse sobre la destrozada nave. Eran los oliamitas que, por primera vez en sus vidas, se lanzaban al combate.

—Ese cacharro volverá a funcionar dentro de diez minutos —dijo Dan—. Quédate aquí y atiende a las señas de Abalon. Ya sabes dónde está.

A fin de vigilar cualquier flaqueza de sus bisoños reclutas, Dan se aproximó al lugar del combate.

Lo estaban haciendo bastante bien. Lan—res, el primero en llegar, había caído directamente encima del primer taitoniano que logró desembarazarse de los restos del aparato. En su precipitación olvidó que empuñaba una pistola, apresuradamente fabricada por Hebaiston, tomando como modelo la de Theubis. El gigantesco individuo se desembarazó prontamente de él, y mientras con una mano le sujetaba contra el suelo, con la otra intentaba desenfundar su propia arma.

Khira, que llegaba en aquel momento, repitió la hazaña de Lan—res, liberando a éste. Luego tomó cuidadosa puntería, abatiendo al taitoniano.

El combate se generalizó. Theubis, más atento al comportamiento de sus discípulos que a pelear él mismo, estuvo a punto de pagar con la vida su descuido. Posi'oh cargó con el hombro contra un gigantesco hombre—reptil, derribándolo al suelo; no se atrevía a utilizar la pistola por miedo a errar la puntería y herir a su amigo. Entre los dos acabaron con el otro en un instante.

Por fortuna no habían sido más que tres o cuatro los taitonianos que lograron escapar de los restos de su vehículo volador, y la superioridad numérica de los oliamitas fue suficiente para acabar con toda resistencia con relativa facilidad.

—Recoged las armas que podáis y ¡a correr se ha dicho! —ordenó Theubis—. No tardarán en llegar nuevos enemigos.

El lugar quedó desierto en pocos momentos. Únicamente Abalon permaneció en su puesto de vigía para advertir de la proximidad de nuevos contingentes de taitonianos.

—¡Demonios, qué feos son esos bichos! —murmuró Theubis. En verdad lo eran. La comparación más próxima a algo que él conociera los emparentaba con los lagartos; pero unos lagartos que caminaban sobre dos piernas y sin cola, y con la cabeza dotada de dos pequeños apéndices móviles que eran sus oídos. Y su tamaño… Eran verdaderamente gigantescos, midiendo cerca de dos metros y medio de estatura.

—Órdenes para el próximo movimiento, capitán —pidió Lan—res. Se

le veía entusiasmado—. Tu estrategia ha sido magnífica, atrayéndoles a la emboscada. ¿Qué viene ahora?

—Si no he calculado mal pensarán que tenemos nuestra guarida por aquí cerca, y tratarán de vengar a sus compañeros a la vez que capturarnos a nosotros. Entonces…

## Capítulo IV

NUEVAMENTE el bosquecillo servía de atalaya a Dan Theubis. Sin embargo, esta vez no estaba solo. Junto a él permanecían a la espera Alcide, Adeses, Posi'oh, Tenis, Khira y Lan—res. Abalon vigilaba la frenética búsqueda del enemigo, en tanto que Persheh había quedado al mando de los subalternos en la gruta y como ayudante de Hebaiston.

Posi'oh soltó una corta carcajada.

—Abalon se está divirtiendo lo suyo —comentó—. Dice que hay más de cincuenta taitonianos buscándonos como locos… y no saben por dónde empezar. Van de acá para allá y no tienen la menor idea de lo que hacer.

—No habléis mucho —advirtió Dan—. Podrían interferir la emisión.

—¿Qué esperamos aquí? —preguntó Masso con impaciencia.

—Que se haga de noche. No podemos permitirnos el lujo de pelear a pecho descubierto con un enemigo que tal vez nos supere por diez a uno.

El sol cayó tras el horizonte. Poco a poco empezaron a aparecer las estrellas por encima de sus cabezas… y seguían aguardando.

Posi'oh, encargado de comunicar con Abalon, levantó la cabeza.

—Parece que abandonan la búsqueda.

—¡No podemos permitirlo! Sí regresan ahora nos echan a perder el plan. Dile que actúe… pero con cuidado de no dejarse localizar.

El joven habló brevemente en el micrófono.

—Hebaiston está con él. Van a averiar un par de máquinas.

—Eso tal vez los detenga lo suficiente —aprobó Theubis—. Preparémonos nosotros también. Heram no puede tardar mucho.

Como si hubiera estado esperando que le nombrase, apareció el aludido entre ellos.

—No hay novedad por el otro lado —comunicó—. Me ha sido imposible averiguar cuántos son porque nadie se deja ver.

—Te ha ocurrido como a mí, y ahora con más motivos. Toda la gente disponible está buscándonos y los demás deben estar ocupados estudiando lo que puedan dentro del edificio… en busca de datos para derrotar a Olyam más rápidamente.

—Dudo que lo consigan —afirmó Heram—. Olyam es incapaz de ofrecer resistencia en ninguna parte. El Imperio se ha mantenido unido únicamente porque todo el mundo estaba contento con su forma de

vivir. Pero el más leve embate es capaz de dar al traste con él.

—¡Han tumbado un aparato! —casi gritó Posi'oh—. Los demás se agrupan a su alrededor y la gente desembarca, creyendo haber caído en otra emboscada.

—No es fácil que los localicen en la oscuridad. Que no se dejen ver —ordenó Theubis—. Si los taitonianos pretenden marcharse deben hostilizarlos sin arriesgarse ellos demasiado. ¡Nosotros, a lo nuestro!

Todo el mundo estaba instruido sobre la respectiva misión. Heram y Theubis, cargados de paquetes, caminaron hacia el edificio. Habían dejado atrás los “skans” para tener mayor libertad de movimientos.

Los demás quedaron aguardando la señal.

Sigilosamente llegaron al pie del muro circular. En breves segundos habían colocado uno de los paquetes en el suelo, desvaneciéndose en la oscuridad.

La operación se repitió varías veces hasta que hubieron rodeado la edificación por completo. Al terminar no les quedaba de su primitiva carga más que unos pequeños objetos esféricos colgando de los respectivos cinturones, además de las pistolas.

—¿Estás seguro de que es éste? —preguntó Heram cuando estuvieron tendidos entre la alta hierba a un centenar de metros de la construcción.

—Completamente, Lo he comprobado. ¡Ahora verás lo que es bueno!

La mano de Theubis manipuló unos instantes en una pequeña cajita fluorescente. Una ensordecedora explosión hizo desaparecer un buen trozo de muro.

Nada ocurrió de momento, luego del estruendo.

—O están demasiado asustados para asomarse… o no hay nadie.

—Tal vez se hallen dentro de la nave —señaló Heram hacia el colosal aparato posado en el suelo a su derecha.

—No lo creo. La noche pasada habían algunos ahí dentro. Lo lógico es que también estén hoy… y con una buena guardia para que no se repita lo que hice yo. Pero de ser así como tú dices habremos perdido el tiempo. Posiblemente no se asome a investigar nadie por miedo a que les estemos esperando.

—Entonces… ¿qué hacemos?

—Ahora verás.

Esta vez le llevó dos o tres minutos el realizar los ajustes en la cajita. Su resultado fue que todos los paquetes de explosivos colocados alrededor de la edificación reventaron a la vez.

Una densa nube de polvo y acres humos los envolvió durante varios minutos. El amplio edificio, heridas de muerte la mayoría de las pilastras que lo sustentaban, comenzó a derrumbarse con un largo quejido hasta que únicamente quedó de él un montón de escombros y algunos trozos de pared que se resistían a caer.

La brisa alejó la espesa neblina que llenaba los alrededores. Varias voces sibilantes llegaban a oídos de los dos hombres, sin que, de momento, Theubis lograra localizarlas.

—¿Qué hacen? ¿Cantar? —preguntó asombrado—. ¿Dónde están?

—Enterrados entre los escombros —rió Heram—. Eso que oyes son sus gritos pidiendo auxilio, que a ti te parecen canciones.

—¡Entonces aún quedan posibilidades! ¡Al suelo!

La repentina orden fue acompañada de un fuerte empujón. Un potente reflector acababa de encenderse en la proa de la astronave, bañando con su brillante luz las ruinas del edificio circular.

Cubiertos con sus capas que impedían que la luz se reflejara en las escamas de sus trajes, y ocultos entre la espesa hierba, esperaron.

Un rectángulo de luz se abrió en un costado de la nave, y al resplandor del foco pudieron ver cómo quedaba tendida una larga rampa por donde empezaron a bajar varios gigantescos individuos.

No eran muchos. Por lo visto en la máquina interestelar solamente había quedado una reducida tripulación.

—Ahora es el momento —susurró Theubis.

Alguien más debió comprenderlo así, porque cuando el último de la fila se había alejado tres o cuatro metros de la puerta, varias figuras parecieron caer desde el cielo.

Un fuego graneado de pistola se abatió sobre los ya nerviosos taitonianos Tres de ellos se precipitaron desde lo alto de la pasarela antes de que llegaran a darse cuenta de que los atacaban por la espalda.

En aquel momento el reflector dejó de dar luz.

—¡Vamos! —ordenó Theubis perentoriamente. Él y Heram corrieron hacia la astronave, viendo cómo sus compañeros ya estaban penetrando en el interior.

Cogidos entre dos fuegos, los taitonianos acabaron de desmoralizarse por completo. Algunos llegaron a saltar al suelo desde considerable altura buscando escapar cuanto antes de la trampa en que habían caído, y los demás no tuvieron tiempo de descender en forma normal. Faltos de sitio donde ocultarse, perfectamente visibles desde abajo al siluetearse contra el cielo estrellado, Theubis y Heram no tuvieron apenas dificultades en cazarlos uno a uno. Sus compañeros no tenían sino que disparar en línea recta sobre la superficie de la pasarela para tener la seguridad de dar en el blanco.

Khira se dejó caer a su lado, portando sus “skans”.

—¡Rápido! Poneos esto y entremos. Abalon dice que los taitonianos que vigilan se han puesto en camino hacia aquí a toda marcha. Se ve que les han comunicado lo que ocurre.

No llevaba capa. Se había valido de ella para obstruir el reflector en lugar de destrozarlo.

Tenis, con el rostro arrebolado por la excitación, los estaba esperando. Apenas hubieron traspuesto la entrada, cerró la escotilla por medio de una palanca.

—Tendrá que quedarse alguien de guardia aquí —observó Theubis —. Esto es inmenso y algún taitoniano podría acercarse desde dentro mientras estamos en otra parte, y permitir el paso a los que están a punto de llegar.

—No lo creas —rió Tenis. Con un rápido giro arrancó la palanca, que estaba atornillada únicamente, y la guardó en una bolsa que colgaba de su costado—. Ahora nadie puede abrir sino yo misma.

—Sería una buena idea hacer lo mismo con las demás entradas. Porque supongo que ésta no será la única… —Theubis vaciló, ignorando si acertaba o no. Su total desconocimiento de lo que era una astronave se hacía patente.

—Desde luego que hay varias —sonrió Tenis comprensivamente—. Dos, individuales, que se abren desde la sala de derrota. Otra grande, de carga, en la bodega. Y otras seis repartidas por el resto del casco. Posi'oh está tratando de inutilizar las más posibles.

—¿Y los demás, dónde están?

—Se han dividido en dos grupos. Alcide acompaña a Posi'oh, en tanto que Adeses y Lan—res van por otro lado. A nosotros nos corresponde atacar el puente de mando que es, seguramente, donde habrá más personal concentrado… si queda alguno a bordo.

—Somos cuatro —murmuró Dan—. Habremos de darnos prisa en terminar. ¡Llama a Posi'oh¡—agregó, dirigiéndose a Heram como si se le hubiera ocurrido repentinamente una idea—. Dile que quiero hablar con Alcide.

Mientras caminaban por un dédalo de pasadizos en los que él solo se hubiera perdido irremisiblemente, Heram realizó lo que le había ordenado.

—Alcide te espera —dijo, tendiéndole el pequeño aparato portátil.

Con grandes vacilaciones, como si tuviera que escoger cuidadosamente cada palabra, Theubis conversó durante varios minutos con el gigantesco boxeador.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Khira, mientras él devolvía el transmisor a su propietario—. No he entendido ni una sola palabra.

—Le he hablado en su idioma: el italiano. Lo conozco muy poco y no sé si me habrá entendido bien.

Viendo la muchacha que no parecía muy dispuesto a explicarles su conversación con Masso, se retiró, ligeramente ofendida.

—¡Alto! —ordenó de pronto Heram, en voz baja—. Estamos llegando al puente de mando.

Se detuvieron todos un par de metros antes de llegar a una puerta

metálica, tentadoramente abierta ante ellos

—No debe haber nadie. Al menos yo no veo…

—¡No es ahí! De detrás de esa puerta arranca una escalera metálica que va a parar a una especie de galería, donde se encuentra la verdadera entrada. Aquí abajo se reúne la tripulación para recibir órdenes.

Dan reflexionó un instante, comprendiendo lo que Heram quería significar.

—Supones que tal vez estén arriba esperándonos, y cuando hayamos entrado ahí dentro nos cierren la puerta, dejándonos aprisionados mientras ellos nos destrozan a mansalva desde su ventajosa posición…

—Exacto. ¿Cómo lo comprobamos… sin exponernos demasiado?

Las últimas palabras las pronunció el oliamita con cierta timidez. Tal vez creía que podía suponérsele con ellas una falta de valor.

—No creo que tengas por qué avergonzarte de ser prudente. Tan perjudicial es ser miedoso como temerario. En un término medio está la virtud —le aseguró el terrícola—. ¡Ahora veréis cómo los hago saltar!

Permaneció medio minuto estudiando lo poco que se veía de su inmediato objetivo. Tenía que hacerse la cosa bien y rápidamente. Si los refuerzos llegaban antes de que ellos controlasen todas las entradas de la nave, estarían perdidos.

—¿Dónde está el panel de la puerta? —preguntó. Hablaba en voz casi inaudible.

—Oculto arriba en el techo. Para cerrar cae como una persiana.

Aún tuvo que contestar a varias preguntas más. Finalmente recibió otra orden.

—Llama otra vez a Posi'oh. Si te dice que ya han hecho lo que les indiqué, adviértele que esté atento a la señal. Ahora retiraos todos hasta ahí detrás.

Mientras le obedecían él se colocó junto al marco de la puerta, lo suficiente ancho para cubrirle. Su mano derecha descolgó unas cuantas esferas de las que llevaba en la cintura.

Lanzó la primera hacia arriba con todas sus fuerzas. En el fugaz instante que tuvo el brazo dentro de la zona peligrosa le fue dado comprobar lo alertas que estaban los taitonianos. Varios chasquidos semejantes a latigazos llegaron a su oído y dos o tres llamaradas verdosas cruzaron el dintel.

Una de ellas le rozó el bien protegido brazo.

Las escamas metálicas que formaban la cubierta exterior de su armadura se pusieron inmediatamente al rojo blanco. Pese al aislamiento térmico de las capas internas del traje, Theubis sintió una fuerte quemadura.

—¡Diablos! —pensó—. Si me llega a dar de lleno me corta el brazo a pesar de la protección.

Un poderoso estampido le ensordeció al reventar la granada que acababa de lanzar. Sin detenerse a comprobar el daño sufrido en el brazo, arrojó otra, siempre hacia arriba aunque en otra dirección. Y una más.

Los sibilantes sones, semejantes a música, se dejaron oír de nuevo. Un cuerpo pesado golpeó fuertemente contra el piso de planchas metálicas.

Más con ánimo de crear una protectora cortina de humo que porque creyese necesario destrozar más a los emboscados, lanzó otras tres o cuatro granadas. El interior se llenó de una espesa niebla que impedía totalmente la visibilidad.

—¡Avisa a Posi'oh, Heram! —gritó—. ¡Venid todos!

—¡Va! —pronunció el oliamita como respuesta, a la vez que señal para su compañero que esperaba. A toda marcha irrumpieron por la angosta puerta.

Todos conocían la disposición del lugar, ya que las naves taitonianas eran réplica casi exacta de las oliamitas. Atropelladamente escalaron la galería alta cuando ya los purificadores de aire estaban disipando la neblina y el punzante olor de los explosivos.

Tres taitonianos muertos y uno gravemente herido era lo único que quedaba del enemigo. Los demás se habían refugiado en el último reducto, el puente de mando, cuya puerta permanecía herméticamente cerrada.

—¡Dile a Posi'oh que espere un momento! —ordenó Theubis, precipitadamente. Había confiado en otro desarrollo de la operación y los otros dos se precipitaban al desastre si cumplían ahora sus órdenes.

Su pistola restalló una sola vez. El taitoniano herido dio media vuelta sobre sí mismo y su cabeza quedó colgando al borde de la galería. La extraña arma eléctrica que había estado a punto de disparar sobre ellos rebotó contra el suelo de abajo.

El cierre y parte de la hoja de la puerta, desaparecieron bajo el fragoroso empuje de dos granadas hechas estallar por medio del aparato que tan buen resultado les diera para demoler el edificio.

Dan se imaginaba a los ocupantes del puente de mando, con las armas tensamente empuñadas y los ojos fijos en la destrozada puerta, esperando y temiendo a la vez la aparición de aquellos enemigos a quienes hasta poco antes no llegaron a creer peligrosos.

Con una sonrisa escuchó una repentina explosión de silbidos y ruido de lucha.

—¡Vamos adentro! —exclamó.

El terrestre ya lo esperaba y se sumó inmediatamente a la pelea. Heram, Tenis y Khira se detuvieron un instante asombrados, viendo cómo Posi'oh estaba a punto de perecer ahogado bajo el abrazo de un

gigantesco taitoniano. Masso, en cambio, parecía estar pasándolo en grande. Su mano izquierda desaparecía bajo los músculos del cuello de otro de los propietarios de la nave, inmovilizándole por completo, mientras se escudaba con su cuerpo para evitar que un tercer taitonoano le hiciera blanco de sus disparos.

Otro gemía dolorosamente, esforzándose por colocar en su sitio un brazo dislocado.

La pelea terminó rápidamente con la llegada de los refuerzos. Con un suspiro de alivio, Tenis cerró las dos únicas vías de comunicación con el exterior que no había podido controlar aún.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Khira a Posi'oh y Alcide con asombro.

—Ordenes del jefe —Masso indicó a Theubis—. Me dijo que subiéramos en el ascensor que conduce desde la bodega de carga al puente de mando. Posi'oh conoce bien estos cacharros.

—¡Ahora me explico por qué le hablaste en su idioma! —exclamó la muchacha, volviéndose hacia Dan—. ¡Temías que los taitonianos estuvieran escuchando nuestras conversaciones por radioteléfono!

—Así es —reconoció él—. ¡Pero dejémonos de charla, que tiempo habrá para todo. ¡Hay que localizar a Lan—res y Adeses por si hubiera surgido algún contratiempo o necesitaran ayuda!

—No lo creo —afirmó Posi'oh muy convencido—. ¡Hubieran dicho algo! Además, desde aquí podemos controlar toda la nave.

En efecto, disponían de un completo circuito de televisores. Ello explicaba el que los taitonianos los esperasen a la entrada de la cámara de control. Se sabían en poco número para hostilizar a los invasores, ya que hubieran sido fácil presa de ellos si se distribuían por toda la nave. Habían preferido enfrentarles agrupados.

Sus extraviados compañeros se encontraban a popa, recorriendo departamentos y más departamentos. Únicamente habían encontrado dos heridos y un enfermo en el botiquín, a los que encerraron para mayor seguridad. Seguramente los dos primeros eran víctimas del raid de Theubis la noche anterior.

—¡Ya llegan los otros! —anunció Khira, que se había acomodado en uno de los sillones distribuidos por el recinto, y exploraba los alrededores por medio del radar.

—¡Justo a tiempo! —suspiró Theubis—. Cinco minutos más y nos habían fastidiado.

La gigantesca astronave obedeció dócilmente las órdenes de sus conquistadores, y con un rugido se precipitó sobre los sorprendidos taitonianos que se aproximaban en su “ayuda”. Theubis no consideró necesario aniquilarles. Simplemente se conformó con realizar un disparo contra cada vehículo, dejándolos inutilizados.

—Bastante trabajo tendrán con sobrevivir en un planeta desconocido y hostil —concluyó antes de dar la orden de poner rumbo hacia su refugio.

Posiblemente aquellos taitonoanos fueron la base de las historias sobre gigantes que durante muchos siglos fueron creídas por los pueblos primitivos en la Tierra.

Dan Theubis estaba contento. La astronave disponía de potentes generadores, capaces de suministrar la energía necesaria para que funcionase la máquina del tiempo de Hebaiston, cosa que no había sido posible obtener en la caverna. Valiéndose de ella podría regresar a su tiempo. No le esperaba nadie, y los únicos que se preocuparían algo por su desaparición serían sus jefes, pero… ¡resultaba duro pensar que, por mucho que se prolongase su vida junto a los oliamitas, acabaría muriendo trescientos siglos antes de nacer!

# Capítulo V

SE quedaría… ¡desde luego que solamente por algún tiempo!

Le daban lástima aquellos seres que confiaban en su iniciativa para acometer la imposible tarea de derrotar a un enemigo mil veces superior en número, más preparado para el combate y que, además, posiblemente tendría controlado a estas alturas todo el antes inmenso imperio de Olyam.

¡Khira era tan hermosa!

Bueno. No era eso precisamente en lo que pensaba al quedarse. ¡Pero tenía unos ojos azules que…!

—¡Al diablo! —pensó malhumorado—. No creo que me fuera demasiado difícil el conquistarla, pero ¿cómo voy a enamorarme de una muchacha que ha nacido treinta mil años antes que yo?

No. No era eso. Alcide era su contemporáneo y se veía obligado por las circunstancias a quedarse. Tenía que ayudarle.

La máquina del tiempo reposaba en la bodega. Cuando los oliamitas estuvieran encauzados en el camino de la reconquista del poder, regresaría a la Tierra. Hebaiston le devolvería a su tiempo, y ¡asunto solucionado!

De momento la astronave, rebautizada *Niké* a sugerencia de Theubis, como símbolo de la victoria que perseguían, se alejaba cada vez a mayor velocidad del centro del sistema planetario del Sol. Pronto se habrían apartado lo suficiente del campo gravitatorio del astro rey para poner en acción los motores de crucero capaces de impulsarles a distancias de centenares de años—luz en pocas horas.

El terrestre no desperdiciaba ocasión de buscar la compañía de Khira, pese a las reflexiones que se había hecho pocas horas antes.

—No sabes cuánto te agradecemos que hayas consentido en quedarte con nosotros —aseguraba la muchacha, produciéndole un estremecimiento al apoyar la mano en su brazo.

Ambos estaban cómodamente sentados en sendas butacas de lo que pudiera llamarse salón de distracciones de la astronave. Sin embargo no se interesaban por la biblioteca, las películas o cualquier otro medio de solaz. Theubis se prometió estudiar cuanto le fuese posible acerca de las gentes de aquellos tiempos tan remotos en comparación a la época en que él había nacido… digo, ¡había de nacer!

Rió ante la paradoja que se le acababa de ocurrir. Khira se echó atrás ligeramente ofendida, creyendo que la hilaridad iba por ella.

—¡Oh, perdona! Es que se me ha ocurrido algo muy chocante… En cuanto a lo que acabas de decir, no tiene importancia, te lo aseguro —y para desviar la conversación de un tema que le resultaba algo embarazoso, prosiguió—: Ya me has explicado otras veces que tenéis un aparato mediante el cual os fue posible enseñarnos vuestro idioma por medios hipnóticos, mientras estábamos dormidos. Me gustaría que me explicases cómo funciona.

—Hebaiston podría hacerlo mejor que yo. No es ésa mi especialidad. Sin embargo, creo que se trata poco más o menos de lo siguiente: cada pensamiento es causa de cierta actividad en el cerebro que, con delicadísimos aparatos, puede medirse e incluso identificarse. Nuestros técnicos han llegado hasta el extremo de ser capaces de decir sin lugar a error la imagen que se forma en el cerebro a cada pensamiento. ¡Y hay millones y millones de ideas distintas!

—Muy interesante. Sigue.

—Cuando quieres expresar lo que estás pensando, a la imagen mental la acompaña una cierta actividad nerviosa, resultado de las órdenes cerebrales a los músculos de la boca y garganta. El conjunto de ello forma un gráfico en el cual aparece junto a la identificación del pensamiento, la de los impulsos que dan lugar a su expresión verbal. La primera es siempre igual sin distinción de idiomas. Basta inducir en la mente la asociación entre lo conocido por ella, o sea el pensamiento, con lo que desconoce que es la palabra. El primero es un idioma universal, como te he dicho, siempre inmutable. La segunda varía con cada raza e incluso según las distintas edades y estado síquico de la persona. ¿Has comprendido?

—No demasiado bien, pero creo que mascándolo un poco llegaré a formarme una idea bastante

precisa de lo que me has explicado… —reflexionó unos instantes—. Sí… desde luego. Es algo así como si para traducir de un idioma a otro no dispusiéramos más que de dos diccionarios bilingües, relacionados entre sí por medio de un tercer idioma. Por ejemplo, la palabra inglesa *water* corresponde a la francesa *eau*; tendré que mirar el otro diccionario para saber que *eau* es el equivalente italiano de *acqua*. De donde el impulso universal *agua*, deberá ser asociado con uno de los otros tres, según la lengua que se trate de inculcar.

—Exactamente eso es lo que sucede, sólo que mucho más complicado como comprenderás.

—¡Desde luego es algo maravilloso eso de aprender un idioma en una noche mientras duermes, y sin realizar el menor esfuerzo!

—Ahí te equivocas, Dan —sonrió ella maliciosamente—. Alcide y tú os visteis precisados a descansar durante casi una semana luego del tremendo esfuerzo a que os sometió la máquina traductora. Ten en cuenta que os exprimió, una por una, todas las palabras que conocíais,

para identificarlas y colocar junto a ellas las equivalentes en mi idioma. Vuestros cerebros no trabajaron conscientemente, pero tuvieron que realizar un extraordinario consumo de energías inducidos por el aparato.

—De modo que estuvimos inconscientes una semana… No lo sabía. ¡Es curioso cómo yo había creído que desde que perdí el sentido en aquella caseta de baños hasta que me desperté en la habitación que me destinasteis apenas habían transcurrido unos minutos, o a lo sumo algunas horas!

Algo que se le ocurrió de pronto, hizo reír a la muchacha.

—¡Vaya cara de pasmo que pondrían si alguien te estaba mirando cuando te esfumaste en el aire!

—No me veía nadie. Estaba a punto de cambiarme de ropa para tomar un baño.

Sin saber por qué volvió a acordarse de la rubia que pasó rozándole segundos antes de que comenzara para él esta extraña aventura. Este pensamiento llevó consigo otra idea:

—Cuando… ¡ejem! —sentía reparo, sin saber por qué, en tratar del tema con Khira—. Si… Hebaiston me reintegra a mi época, ¿habrá transcurrido allí tanto tiempo como yo haya permanecido en ésta? ¿Podrá elegir el lugar donde yo reaparezca?

—Creo que sí. En cierta ocasión le he oído decir aleo sobre eso. Está seguro de poder devolverte al lugar e instante exactos en que te arrancó de tu tiempo.

Un algo extraño, tal vez tristeza, se reflejaba en la voz de la muchacha al tratar de este asunto. En este instante Theubis no hubiera consentido en que le reintegrasen a su mundo si ello había de significar el que Khira desapareciese de su vida para siempre. Y volvió a pensar en lo que ya se le había ocurrido otras veces: en determinado segundo de su vida, Khira estaría a su lado, joven, lozana, deseable; al siguiente no sería sino un recuerdo, un imposible, alguien que podría incluso haber muerto de vejez treinta mil años antes.

Cambió de conversación. De lo contrario estaba seguro de acabar estrechándola entre sus brazos… y no quería hacerlo. Luego, la separación sería más dura. Y ¿por qué habrían de separarse? ¿Había algo que le obligase a ello? A pesar de sus deseos luchó con todas sus fuerzas contra este agradable pensamiento que amenazaba con hacer flaquear su resolución de no permanecer en este tiempo, que no era el suyo, más de lo imprescindible.

—¿Tardaremos aún mucho en rebasar la órbita de Plutón? —preguntó.

—¿Plutón? —se extrañó ella. No teniendo necesidad alguna de poner nombres a cada planeta conocido, los oliamitas se habían limitado a denominarlos con números, salvo cuando llegaban a instalar una base en

ellos—. ¿Qué es Plutón?

—El noveno planeta de este sistema. El más alejado del Sol.

—Sigo sin comprenderte. Alrededor del Sol giran varios miles de cuerpos de distintos tamaños, y según nuestra nomenclatura no merecen el nombre de planetas sino los que poseen una determinada superficie. Para mí la Tierra es el segundo.

No con poco trabajo pudo hacerle comprender lo que deseaba. Y con gran sorpresa por su parte se enteró de que más allá de Plutón aún giraban dos mundos más de tamaño comparable al de la propia Tierra y otro algo menor que Saturno, situado el más lejano a una semana—luz[2] del Sol.

—Pero si lo dices por el tiempo que podemos tardar en poner en funcionamiento los motores interestelares, tranquilízate. Dada la masa del Sol, eso puede hacerse a tres horas—luz de distancia. Dentro de pocas horas habremos llegado.

—... y entonces —intervino una voz nueva, con acento ligeramente burlón —¿qué? ¿Atacaremos a la flota taitoniana con este cascarón?

Sorprendidos se volvieron. Ante ellos Lan—res sonreía sarcásticamente. Theubis contraatacó en el acto.

—¿Tienes miedo? Nadie te mandó venir con nosotros.

—No. No tengo miedo... aunque en un oliamita eso no sería nada vituperable como al parecer lo es entre las razas salvajes que en el futuro poblarán este desgraciado sistema planetario.

—Te recuerdo que no fui yo quien vino voluntariamente a unirse con vosotros...

—... lo cual no te hace más simpático a mi vista. Eres un presuntuoso fanfarrón, un intruso que se ha arrogado unos poderes...

Theubis se levantó de un salto, sin reparar en la delicada mano que trataba de detenerle.

—¡Dan! —suplicó Khira—. No le hagas caso. Está celoso...

—¿Celoso yo? ¿Porque te haya subyugado hasta el extremo de que no sabes la clase de individuo que es... que no puedes ver más allá de tus narices en lo que se refiere a él? No. No lo creas, Khira. Simplemente estoy dolido... y voy a darle una lección ahora mismo.

—¡Sí, Lan—res! —dijo Theubis—. Estás celoso porque quisieras ser tú quien comandara el grupo. Pues, por mi parte puedes hacerte cargo de él en este mismo instante... ¡ugh!

Se dobló por la cintura al encajar un vigoroso puñetazo del atlético oliamita en pleno abdomen, seguido de otro en la boca. Semiaturdido rodó por tierra, sintiendo cómo algo tibio y salado se deslizaba por entre sus labios.

—¡Desde luego que lo haré! —alardeó el otro—. ¡Ahora sabrán todos en qué clase de guerrero han confiado!

Su afán propagandístico le entretuvo más de lo que le convenía, y cuando trató de seguir la obra empezada, pisando la cabeza al caído terrestre, sintió cómo unas manos de hierro hacían presa en su levantado pie y le obligaban a realizar una involuntaria pirueta que le llevó a estrellarse aparatosamente contra el duro suelo.

Khira, que había intentado levantarse al ver la traidora acción de Lan—res, volvió a dejarse caer en el sillón con una sonrisa. Su paladín estaba en situación de defenderse aún.

Lan—res se tambaleó como ebrio, poniéndose en pie al mismo tiempo que su rival. Una torcida sonrisa asomó a sus labios al ver el rojo líquido que se deslizaba barbilla abajo de Theubis.

—Eres un asqueroso traidor, Lan—res. Te voy a machacar.

Algo indicó al oliamita que tal vez no le fuera tan fácil salir de aquello como lo había sido el entrar. La mirada de Theubis no presagiaba nada bueno para su integridad física, y el valiente luchador se estremeció ante la perspectiva.

Retrocedió un paso. Y hubiera continuado echándose atrás a no ser porque advirtió los ojos de Khira clavados en él. ¡Aquello le desprestigiaría para siempre!

Embistió poseído de súbita cólera.

En igual forma que antes lo hiciera él, Theubis le recibió con un soberbio directo en el plexo solar que le obligó a bajar la guardia, inclinándose de lado para recuperar la respiración. El terrestre no le dejó recobrarse, sino que estrelló su puño contra la oreja de Lan—res, y éste, impulsado por el golpe, giró sobre sus talones, se zancadilleó a sí mismo para acabar yéndose de cabeza contra el suelo. Su frente entró en violento contacto con el metálico pavimento.

Desde luego era duro, pensó Theubis. Los dos trompazos y las caídas hubieran dado buena cuenta de otro adversario más flojo. Lan—res se llevó la mano a la frente, retirándola manchada de sangre.

Y se sintió acometido por el pánico.

No era un tipo exactamente cobarde cuando se encontraba en medio del fragor de una batalla. Tal vez fuera el más belicoso de todos los oliamitas que Dan conocía; le había visto combatir furiosamente, casi con la sonrisa en los labios, y enfrentarse serenamente con la muerte cuando tendieron la emboscada al vehículo de los taitonianos.

Pero ahora se trataba de algo distinto. En primer lugar, no tenía razón y él lo sabía. En segundo, y aunque quizá él hubiera sido capaz de golpear a Teubis hasta la muerte, de presentársele la ocasión, la lucha no llegaría hasta el último extremo… no tenía que defender su vida, sino simplemente golpear o ser golpeado hasta que uno de los dos rivales perdiese el sentido. Dolorosas contusiones para varios días. ¡Y sangre! ¡Tenía la cabeza llena de sangre!

Con un grito de miedo dio media vuelta y trató de correr. Sus torpes piernas carecían de energías para realizar el trabajo que les exigía… y rodó por tierra una vez más. Arrastrándose, volviéndose a cada instante, temeroso de que su vencedor le siguiera para consumar la paliza.

Pero Dan Theubis no tenía deseo alguno de continuar peleando. El primer golpe en la barriga había sido terrible y se sentía presa de violentos deseos de vomitar. Pálido, se dejó caer en uno de los sillones, dejando que Khira le limpiase la sangre que le cubría el rostro, y sintiéndose feliz al escuchar las lamentaciones de la muchacha…

—¡Es un cobarde! ¡Traidor! ¿Qué daño le habías causado tú para que hiciera eso? ¿No comprende aún que gracias a tu ayuda estamos vivos todos nosotros y dueños de una nave que puede ser el principio de nuestra revancha?

* * *

—¿Es esto lo que querías, Dan?

—¿Funcionará? —preguntó a su vez el joven. Se encontraban en la parte de la *Niké* destinada a laboratorio y taller de Hebaiston. El científico mantenía entre sus manos una pequeña esfera de no más de diez centímetros de diámetro.

—Ahora lo verás.

Colocó el pequeño artefacto sobre un trípode y tomó asiento frente a una consola erizada de palancas, botones y diales. En la parte superior una pantalla mostraba el ciego ojo de su cristal blanquecino.

Theubis le siguió ansiosamente. Sus ojos se clavaron hipnóticamente en la pantalla, solamente para desviarse unos instantes hacia la inmóvil esfera.

Hebaiston cerró un interruptor. No ocurrió nada.

—Esto solamente es para activarla. Ahora está dispuesta a obedecer las órdenes. Fíjate.

La pantalla se iluminó, apareciendo en ella una imagen extraña. Theubis pudo identificarla al cabo de unos instantes con el techo cruzado de tuberías y conducciones eléctricas de la estancia.

El artefacto comenzó a flotar en el aire obedeciendo dócilmente las maniobras que indicaba Hebaiston en el tablero de instrumentos. Dio una rápida vuelta sobre sí mismo y el reflejo en la pantalla se hizo borroso.

—¡Es magnífico! —se asombró Dan—. Pero… ¿funcionará a distancia?

—Estoy seguro de que sí, aunque de momento no podemos comprobarlo. A lo más que podemos llegar es a esto.

Volvió a inclinarse sobre los mandos. La esfera se dirigió a la salida, desapareciendo.

En pocos minutos Hebaiston le hizo recorrer la astronave de punta a punta. La visión en la pantalla era perfectamente nítida pese a que el espesor de los muros metálicos que se interponían entre el pequeño aparato y los controles que lo dominaban llegaba en ocasiones a sumar varios metros.

Finalmente volvió a reposar por sí sola en el trípode.

—He tenido que construir un vehículo para transportarla, ya que, dado su tamaño, era imposible instalar en ella motores capaces de llevarla a velocidades ultralumínicas —aclaró el científico—. Ahí lo tienes.

Indicó una especie de torpedo, de unos dos metros de longitud, totalmente pintado de negro.

—Los mismos controles de la esfera sirven para llevar ese torpedo a una órbita alrededor de cualquier planeta, e incluso hacerlo descender a la superficie. Ni cubierto por una gran masa de agua escapa a nuestras órdenes. La pintura negra le impide reflejar la luz y las ondas de los detectores. ¿Satisfecho?

—Más que eso. ¡Estupefacto! —reconoció Theubis—. ¡Eres un verdadero mago de la ciencia!

—No, no lo soy. Recuerda que es mi profesión. Todo el mérito es tuyo por habérsete ocurrido la idea de crear un aparato espía capaz de llegar adonde sería peligroso para nosotros. Desde decenas de años—luz podemos ver y oír lo que ocurre en cualquier sitio.

—Ahora necesitarnos un sitio apropiado para experimentar en serio todas las posibilidades de nuestro nuevo aliado. Y en tanto…

—No tienes que preocuparte por eso —le interrumpió Hebaiston, adivinando lo que iba a decir—. Dedicaré todas mis energías a lograr el objetivo que me indicaste. Aunque no sé si dispondré de materiales suficientes…

—En cuanto eches de menos algo, dilo. Trataremos de conseguirlo como sea.

# Capítulo VI

LA tensión entre la reducida tripulación de la *Niké* había alcanzado el punto álgido. Los once cabecillas (la frívola Afrias no contaba, dada su repugnancia a cualquier esfuerzo físico) permanecían en la cámara de control, expectantes. Alcide Masso, el único a quien sus nulos conocimientos mantenían en forzada inmovilidad, se agarraba a los brazos del sillón antigravedad, mirando por encima del hombro de Abalon, esperando, como todos, ver brotar súbitamente en la pantalla del localizador la silueta que significaría que habían planeado bien la maniobra.

—¡Ahí está! —susurró repentinamente, como si temiera asustar a la recién aparecida astronave.

La *Niké* saltó hacia adelante, mientras Heram gritaba incesantes instrucciones por medio de los altavoces. Los catorce auxiliares que, aparte ellos mismos, componían toda la población alzada en armas contra el poderoso país de Taitón, corrieron a sus respectivos puestos.

El carguero a cuyo encuentro salía, tomado de sorpresa, continuó su marcha. Era extraño que una nave armada estuviese tan cerca de las rutas comerciales normales, pero al fin y a la postre estaban en guerra… Una guerra ridícula si se quiere, contra un enemigo indefenso física y moralmente, que no pensaba en resistir. Pero guerra.

Las rutas eran paralelas entre las dos astronaves. La *Niké* llegó a la altura de la otra desde la parte de popa, aprovechándose de su mayor velocidad.

De pronto empezaron a ocurrir cosas.

Una invisible cortina se tendió alrededor de las dos naves, encerrándolas en una esfera de energía que las aislaba del resto del Universo. El carguero quedaba imposibilitado de comunicar su apurada situación.

Con un formidable estruendo entraron en contacto los metálicos cascos, y antes de que la sorprendida tripulación de la astronave de carga se hubiera dado cuenta de que estaban siendo atacados, apareció un oliamita por una de las compuertas de emergencia que recaían directamente al vacío exterior desde el puente de mando.

¿Cómo había logrado violentar la cerradura exterior?

Theubis, pues de él se trataba, lanzó una andanada de descargas eléctricas con la pistola empuñada en su mano derecha, mientras con la izquierda cerraba tras de sí la esclusa para permitir el paso de su

siguiente compañero.

Estas esclusas funcionaban por medio de una doble puerta que dejaba entre ambas un espacio libre, especie de cámara. Solamente podía abrirse una de ellas mientras la otra estaba cerrada, para evitar el escape del aire.

Lan—res, Alcide y Posi'oh se sumaron a la lucha. Una de las primeras tareas realizadas por Theubis fue cerrar toda comunicación de la cámara de control con el resto de la astronave. Para ello tuvo que apartar el cadáver de uno de los primeros taitonianos derribados por él.

—¡Cuidado, Theubis! —gritó Lan—res. Una especie de latigazo sonó muy cerca de la espalda de Dan, quien se sintió brutalmente empujado por un pesado cuerpo que se le venía encima.

Aprovechando que estaba ocupado en dejar libre la puerta para poder cerrarla, otro de los taitonianos había intentado atacarle por detrás. Lan—res llegó justo a tiempo de impedirlo.

Dan se desprendió de la víctima del oliamita, y al volverse ya todo había terminado. Nueve hombres—lagarto aparecían tirados en el suelo en diferentes posturas.

—No han tenido tiempo ni de defenderse —rió Lan—res no sin cierta crueldad—. En pequeña escala les hemos devuelto lo que ellos han hecho con Olyam.

—Gracias, Lan—res —murmuró Theubis—. Creo que te debo la vida.

—¡Oh, no tiene importancia! —aseguró el otro jovialmente—. ¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo?

La pelea de algunos días antes había quedado relegada al olvido. Más que los celos o la envidia, a Lan—res le había impulsado un desbordante deseo de acción, de demostrar su valor y fortaleza física. ¿Y contra quién mejor que contra el más belicoso del grupo? El oliamita era simplemente un fanfarrón orgulloso, sin malos sentimientos en el fondo: un chiquillo, en suma, y como tal, propenso a echarse a llorar al primer síntoma de vapuleo, sin tener en cuenta que quizá había sido él mismo quien buscó la bronca.

Posi'oh y Heram, acompañados de Tenis, tal vez los tres más conscientes de su responsabilidad entre todo el grupo, se lanzaron sobre los controles del carguero. Khira apareció en aquel momento en la esclusa. En su mano derecha relucía una de aquellas pistolas eléctricas de tan devastador efecto.

—¿Ya ha terminado todo? —preguntó con cierto desencanto en la voz—. ¡Sois unos traidores!

Theubis lanzó una carcajada. ¡Los oliamitas estaban degenerando rápidamente hacia los instintos sanguinarios que tanto habían despreciado en otras razas menos cultas! Dentro de poco ya no les sería necesaria su colaboración.

—Aún llegas a tiempo, Khira. Supongo que fuera de aquí deben quedar algunos taitonianos dispuestos a impedir que nos apropiemos de su nave.

—Y no pocos —medió Heram—. Hemos caído en medio de un avispero, muchachos. Se trata, nada menos, que de un transporte de tropas.

Todos se miraron entre sí, apabullados.

—¿Qué hacer ahora? —preguntó Posi'oh—. ¿Nos vamos mientras aún es tiempo?

—¿Irnos? ¡De ninguna manera! —opuso Theubis—. Tiene que haber una solución. Necesitamos la nave.

—En uno de los departamentos llevan a un buen grupo de compatriotas nuestros. Lo menos serán doscientos —intervino Tenis.

—¡Motivo de más para que sigamos adelante! —remachó Dan—. Hay que liberarlos… no sólo por ellos, sino porque necesitamos gente abundante a nuestro alrededor. Nosotros solos no podemos ni soñar con presentarles batalla a los miles de naves y millones de soldados que pueden oponernos los taitonianos… ¡Posi'oh!

El oliamita se volvió, levantando las cejas en ademán interrogativo.

Los demás captaron en el acento con que pronunció la última palabra, que algo bullía en su mente, y se inclinaron ansiosos hacia él.

—¿Qué se hace en una nave cuando el casco resulta perforado por algún meteorito?

—El sector queda aislado automáticamente por medio de las puertas estancas que separan cada compartimiento de los demás.

—Pues vamos a atravesar por medio de un enjambre muy espeso de aerolitos —aseguró Theubis muy seriamente.

* * *

No fue difícil separar a los dos mil taitonianos que viajaban como pasajeros, en pequeños grupos relativamente sencillos de manejar. Desde luego invirtieron varías horas en ello, pero, poco a poco, los desarmaron a todos, concentrándolos en dos grandes departamentos de carga, donde casi no podían ni moverse.

—Ahora queda lo más complicado: los prisioneros. ¿Cómo desembarazarnos de la guardia que los custodia? Son muy superiores en número a nosotros, y están bien armados.

—¡Eres especialista en animar a la gente, Po—si'oh! —dijo humorísticamente Theubis—. ¿Cuántos son?

—Alrededor de cincuenta.

—Diez a uno. Creo que podremos hacerlo, aunque posiblemente lo paguen algunos compatriotas vuestros. ¡Sígueme, Alcide!

Solos los dos, luego de dejar detalladas instrucciones a sus compañeros, Alcide y Theubis se encaminaron hacia el último reducto de los desprevenidos taitonianos. Se trataba, a ser posible, de separar a la guardia de los prisioneros.

Simultáneamente a su llegada frente al portalón, detrás del cual se encontraban los oliamitas cautivos, las metálicas hojas se separaron, dejando enmarcados a los dos terrestres. Sus pistolas eléctricas restallaron ininterrumpidamente, derribando a varios guardianes. Cuando éstos quisieron reaccionar ya era tarde: una impenetrable muralla de acero se interponía entre ellos y sus inesperados atacantes.

Theubis había visto que la puerta desembocaba sobre un voladizo que corría alrededor de todo el recinto, desde donde los prisioneros podían ser vigilados perfectamente sin entrar en contacto con ellos.

—Mejor así para evitarles daños.

Lan—res se unió a ellos en aquel momento. Jadeaba por la velocidad de la carrera.

—¡Esperad! Hay otra salida. Ahora vienen Abalon, Heram y las muchachas.

Aquello simplificaba la estrategia. Los cuatro recién llegados se apostaron a cierta distancia de la puerta, con las armas preparadas, en tanto que Alcide, Lan—res y Theubis corrían hacia la nueva entrada descubierta por Posi'oh mediante los televisores de control.

—Ya estamos preparados —anunció Theubis por medio de la radio de su traje espacial.

Los tres mantenían las armas dispuestas a hacer fuego apenas se plantara un enemigo ante ellos.

Sin embargo, fue la otra compuerta la que se deslizó hasta dejar libre el paso.

Los taitonianos hicieron varios disparos hacia el hueco antes de percatarse de que no había nadie al otro lado. Asombrados se consultaron con la mirada. Ya aquel inesperado ataque, que dio buena cuenta de cinco de sus compañeros, les había erizado los nervios cuando creían estar en completa seguridad rodeados de miles de camaradas de armas. ¿Quiénes serían aquellos dos miserables oliamitas que habían osado medirse con ellos?

Y ahora aquella puerta abierta… sin nadie esperando al parecer.

Pero los guerreros natos que eran los gigantescos taitonianos no tenían costumbre de permitir situaciones como aquélla. El capitán que los mandaba dio una breve orden sibilante y se precipitó al exterior seguido de varios soldados.

Un fuego infernal se abatió sobre ellos. El primero en caer carbonizado por una descarga eléctrica fue el propio comandante de las tropas. Los demás se arrodillaron… o trataron de hacerlo para mejor

dirigir sus fusiles, pero las cárdenas llamaradas bailaban a su alrededor cegándolos e impidiendo que hicieran puntería.

Tan precipitadamente como salieran regresaron al interior del departamento—prisión.

Theubis y los demás, que habían estado esperando esto, atravesaron su puerta, abierta por Posi'oh a una breve orden. Aprovechando la confusión atacaron por la espalda.

Un altavoz comenzó a hablar, dirigiéndose a los prisioneros.

—¡Hombres de Olyam! ¡Levantaos contra los crueles taitonianos que tratan de desmembrar nuestro imperio, sustituyéndolo por su implacable dominación! ¡Vuestra vida y vuestra dignidad están en fuego! ¡Hacedlo para que vuestras mujeres y vuestros hijos vivan libres!

Al pronto, solamente miradas de sorpresa respondieron a esta arenga. Posi'oh siguió excitándoles a la resistencia sobre un fondo de chasquidos y fogonazos y, poco a poco, tímidamente al principio, mas deprisa a cada momento, empezaron a subir por la rampa. Un disparo derribó a dos de ellos.

Theubis, observando anhelante las reacciones de aquellos seres pacíficos que por primera vez en sus vidas se enfrentaban con la violencia, descuidó un poco la vigilancia. Aquello estuvo a punto de costarle la vida.

Su cabeza, protegida por la escafandra, se vio súbitamente envuelta en una llamarada azul. La potentísima corriente eléctrica fundió en el acto las antenas y micrófonos que le permitían comunicarse con el exterior. Las escamas de acero superduro que formaban la primera envoltura de su traje espacial se pusieron al rojo blanco.

Medio sofocado por el intenso calor, Theubis recuperó la noción de lo que estaba haciendo cuando ya un corpulento taitoniano volvía a apuntar a su inmóvil silueta. Rápidamente disparó Dan, sabiendo que si le acertaban de lleno otra vez, los efectos se sumarían a los de la descarga anterior, y el aislamiento que le protegía quedaría destruido… y él también.

El taitoniano ardió como una antorcha.

La batalla estaba tomando un giro francamente favorable. Los oliamitas prisioneros se habían lanzado decididamente contra sus captores, envolviéndolos en una avalancha de cuerpos contra lo que nada podían sus eficaces armas. Los taitonianos, en su afán por defenderse de este enemigo, daban la espalda a los llegados en el *Niké*, facilitándoles la labor.

Por fin fue necesario emplearse en lucha cuerpo a cuerpo, ya que las pistolas eléctricas resultaban inútiles: lo mismo podían herir a amigos que adversarios.

Fue la hora gloriosa de Alcide Masso. Metido en lo más intenso de la

pelea, el corpulento terrícola utilizaba las formidables mazas que eran sus manos para golpear cráneos, aplastándolos como si fueran de gelatina. Varias veces le vio Theubis levantar a un taitoniano que tal vez pesara el doble que él, y sin esfuerzo aparente lanzarlo por encima de la barandilla al piso de abajo.

En cuestión de minutos terminó la cosa. Una veintena de taitonianos habían quedado prisioneros; los demás estaban muertos.

* * *

Los taitonianos fueron desembarcados en un planeta relativamente habitable para ellos. A bordo constituían un estorbo y un peligro latente.

Convertidos ya en una fuerza de doscientos individuos; con un moderno crucero de combate a su disposición, y con un carguero que con no demasiadas modificaciones pudieron transformar en máquina bélica, perfectamente armada, se dedicaron durante algunas semanas a la piratería con bastante buen éxito.

Para ello contaban con las pequeñas esferas—espía construidas por Hebaiston. Surcando los aires en los planetas ocupados por los taitonianos, estas pequeñas máquinas eran capaces de proporcionar una detalladísima información sobre los movimientos en los astropuertos, permitiéndoles seleccionar las naves que habían de ser su presa: capturarlas si transportaban mercancías que pudieran interesarles o compatriotas prisioneros; destruirlas cuando únicamente llevaban tropas.

El *Niké* y el *Arges* se desvanecían después en el inmenso espacio a su disposición, para lanzar otro golpe a decenas o miles de años—luz de distancia.

Con suma lentitud, pero seguramente también, iban incrementando su fuerza. Al cabo de dos meses contaban con seis aparatos de batalla, cuatro transportes y un millar de hombres.

Los oliamitas reventaban de satisfacción. Ya se veían dueños nuevamente del inmenso imperio que habían perdido.

—Aún falta mucho para que podamos contar con una probabilidad de victoria —les advertía Theubis—. Calculad lo que seríamos capaces de conseguir a todo lo largo de nuestras vidas, aun contando con que la suerte siguiera favoreciéndonos como hasta ahora.

—¡Pero cada vez contaremos con más fuerzas! —argüía Lan—res.

—Sí. Hasta que creas tener las suficientes. Entonces te decidirás a atacar un planeta, donde perderás la mitad de tus efectivos, aun en el supuesto de que logres apoderarte de él. ¿Y luego, qué?

El impetuoso oliamita desvió la llameante mirada.

—Es posible que tengas razón. No podríamos retener lo conquistado… ¿Qué hacer, entonces?

—Resignarse a la derrota es muy duro. Lo reconozco. Pero…

—¡No te conozco, Daniel! —le reprochó Khira—. Tú fuiste quien nos recriminaba nuestro desánimo, y ahora…

Incluso Afrias, que había aparentado verdadera devoción por el terrestre, le miraba ahora con cierto mohín desdeñoso.

—Lo siento —dijo Theubis, levantándose—. No puedo ofrecer más solución que ésa…

Sus oíos se clavaron, uno por uno, en todos los rostros de los reunidos. Era curioso: ¿cuánto tiempo habría transcurrido…? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Cuatro meses antes él no era sino alguien que nacería dentro de trescientos siglos. Luego fue, durante unas horas, un ser ansioso de regresar a una época de la que había sido arrancado por accidente; más tarde se brindó a salvar las vidas de sus recientes conocidos… porque era el único medio de lograr su reincorporación al siglo en que le hizo nacer el Destino. Después aún, por una cierta simpatía con algo de lástima, les ayudó a recuperar su imperio perdido… bajo condición desde luego de que volvería al tiempo en que nació. Y ahora… ahora, viendo que todos los esfuerzos parecían baldíos; que la única salida era la derrota definitiva y la muerte, ¡su decisión era otra!

Inmovilizando su mirada en la de la rubia Khira, como si sus palabras fueran únicamente dirigidas a ella, continuó:

—Sin embargo, ¡me quedo con vosotros!

—¿Cómo? —se sorprendió Hebaiston—. ¿Ya no quieres regresar a tu tiempo?

—No. Siempre me gustó defender las causas perdidas. Llegaremos al fin… juntos.

Sin otra palabra salió de la estancia donde habían estado reunidos. Khira le siguió.

—¡Dan! —murmuró, casi corriendo a su lado para igualar la velocidad de su marcha.

El joven se volvió, ligeramente sorprendido.

—¿Qué ocurre?

—Nada… Solamente quiero hacerte una pregunta. ¿La contestarás?

—Esa pregunta —dijo él a su vez—. ¿Es, por casualidad, si me quedo por ti?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, Dan. Eso es.

—Pues aciertas, Khira. Quizá de no estar tú me habría quedado lo mismo. Pero al hacerlo ahora no pienso sino en ti. ¿Qué más me da vivir y morir en un tiempo que en otro? Y contigo siempre será más fácil una cosa y otra.

Khira no respondió de momento. Permanecía con sus manos, fuertes

y delicadas a la vez, apoyadas en el robusto pecho de Theubis, los ojos fijos en sus propios dedos.

Finalmente levantó la cabeza; dos lágrimas y una sonrisa brillaban en su rostro.

—Gracias, Dan —susurró—. No sabes cuánto te lo agradezco.

E, incomprensiblemente, echó a correr. Dan la vio desaparecer en una vuelta del pasillo.

—¡Que me aspen si entiendo a las mujeres! ¡Cuando yo creía que iba a caer en mis brazos…!

Pero estaba contento, a pesar de todo. Silbando una tonadilla que estaría de moda trescientos veinticinco siglos más tarde, echó a andar.

Los oliamitas habían permanecido también algunos momentos mirando la puerta por donde habían salido los dos jóvenes.

Fue Hebaiston quien rompió el silencio.

—Tengo una idea… La vengo madurando algunos días, porque yo también opino como Theubis. Sin embargo, creo que a él no le gustará.

—Si es buena, ¿por qué no ha de gustarle? —preguntó el activo Heram.

—Yo contaba con su ayuda —continuó Hebaiston como si no hubiera oído la pregunta—. Sin embargo, ahora creo lo contrario: Nos interesa que regrese a su época. Será mejor para todos.

—¿Por qué? Nos ha servido de mucho… y puede seguir haciéndolo.

Hebaiston hizo una seña a Tenis para que cerrara la puerta.

Luego siguieron hablando durante varias horas, perfilando y dando forma al proyecto del científico. Era complicado pero quizás también la única solución al brete en que se veían.

# Capítulo VII

—ESA es la solución a que hemos llegado, Dan. Contamos ahora con fuerzas suficientes para llevar a cabo la primera parte del plan. La segunda… ya no depende de nuestras fuerzas físicas.

Theubis tenía sus dudas. Así se lo hizo ver a Heram, convertido en portavoz de sus compatriotas.

—Veo muchos lunares a ese proyecto, amigo mío. No quisiera que me tacharais de derrotista como lo habéis hecho antes, pero… —vaciló —. En definitiva, tal vez tengáis razón.

—¿Qué inconvenientes le ves? Sabemos que es difícil… quizá jugarnos todas las posibilidades a una sola carta. Sin embargo, no encontramos otra solución.

—El asalto a Olyam es muy difícil. Allí habrán enormes contingentes de tropas.

—Lo sabemos. Pero contando con la sorpresa, cuando ellos no esperan un ataque…

—Aceptado. Admito esa posibilidad, así como la de que podamos capturar naves suficientes para

trasladar varios millones de oliamitas hacia otras regiones de la Galaxia donde los taitonianos no puedan hallarnos con facilidad. ¿Con qué medios contaríamos para montar industrias, fabricar armas y astronaves, alimentar a toda esa gente y organizar la reconquista? Tu gente no está acostumbrada a luchar, y les sería preciso hacerlo contra los elementos, el medio ambiente, los habitantes, inteligentes o no, del nuevo mundo… y contra sí mismos tal vez. Lo más seguro es que regresaran a la barbarie y cuando, dentro de varios miles de años volvieran a constituir una comunidad civilizada no recordarían que nosotros les habríamos asignado una misión que cumplir.

—Se habría salvado la raza. De otro modo estamos condenados a la extinción —rebatió Heram.

—No discutamos más, Heram. Ya te he dicho que quizá sea la única solución posible. Cuando tengamos que gobernar a todos esos millones de oliamitas, si podemos lograrlo, será la hora de enfrentar el problema. De momento lo más importante es llevar a cabo la invasión. Hay que planearla con mucho cuidado.

Lo hicieron. El *Niké* había sido convertido en el cuartel general, y aunque cada uno de los componentes iniciales del grupo, salvo siempre Afrias con quien jamás contaban para nada, tenían el mando de una de

las naves arrebatadas a los taitonianos, únicamente pasaban a ellas cuando era imprescindible. El resto del tiempo estaban reunidos planeando, estudiando, buscando hipótesis y soluciones…

Las pequeñas esferas—espía trabajaban intensivamente. Un nutrido grupo de subalternos tenían

como única misión el controlarlas, recoger datos, analizarlos y redactar interminables informes que pasaban a los jefes. Hebaiston, con sus ayudantes Adeses y Persheh, obligaban a sus subordinados a tremendos esfuerzos: había que preparar todos los elementos para la invasión.

Por fin llegó el día.

Theubis había elegido una pequeña ciudad satélite con relativamente escasa guarnición taitoniana. Era una de las dos existentes en Olyam, planeta casi totalmente cubierto por las aguas, que carecía de continentes.

Únicamente varios miles de islas habían en él. Algunas, casi tan grandes como África, apenas podían merecer el nombre de tales aunque no estuvieran comunicadas con las demás por istmo alguno.

Sin embargo, teniendo prácticamente toda la Galaxia a su disposición, los oliamitas habían dejado despoblado casi la totalidad de su planeta de origen. Grandes bosques y desiertos lo convertían en un mundo salvaje donde los animales y plantas silvestres crecían profusamente sin que nadie les molestase. Los seres humanos únicamente se hallaban en dos de las islas más pequeñas, con sendas ciudades—concha, cubiertas por enormes campanas transparentes que las dejaban al abrigo de los elementos.

Olyam era el cerebro de su vasto imperio. En él solamente se desarrollaban actividades administrativas y de coordinación. Las factorías, minas, granjas, astilleros y cuarteles estaban desparramados a todo lo largo y ancho del inmenso sector de la Vía Láctea que eran sus dominios.

Por ello, conquistada la cabeza, el resto del imperio se había derrumbado por sí solo. Nadie estaba acostumbrado a luchar ni sentía deseos de ello. Las tareas pesadas hacía siglos que se encomendaban a robots especializados.

En todo esto pensaba Dan Theubis mientras la proa de su afilada navecilla individual se ponía incandescente al roce con la atmósfera de Olyam. Varios miles de otras semejantes le seguían, cayendo desde el colosal transporte que las había llevado hasta allí y que, como madre que vela por sus hijos, se mantenía exactamente sobre la vertical de Ranum, la ciudad elegida para el ataque.

La burbuja que, como un techo, albergaba la ciudad, parecía subir rápidamente a su encuentro. Sus dimensiones aumentaban a cada

segundo.

—¡Y eso es para ellos poco más que un pueblecito! —se dijo el terrestre—. ¿Qué entenderán por una gran ciudad?

No era para menos. Calculándole una superficie por habitante pareja a la que tenían las poblaciones en la Tierra, Theubis llegaba a la conclusión de que no menos de diez millones de personas debían albergarse allí.

La cúpula estaba prácticamente al alcance de la mano. Theubis accionó un resorte y el cañón perforador de proa practicó un boquete por donde la pequeña nave se introdujo sin disminuir la velocidad. En cuestión de segundos la cubierta mostraba una prueba de la calidad de los materiales de que estaba hecha al no derrumbarse a pesar de los agujeros abiertos en su superficie.

Aún no había señales de que alguien tratara de repeler la agresión.

Las navecillas individuales planearon sobre la, al parecer, desierta ciudad. Theubis se arriesgó a intentar el descenso hasta rozar el suelo.

Ni alma viviente se veía en las calles y parques.

Y, de pronto, sin aviso, el Universo entero pareció convertirse en un infierno de fuego que se desplomara sobre los invasores.

—¿Qué ocurre, Dan? —sonó en sus oídos la asustada voz de Khira que le acompañaba como su segundo.

—No lo sé, muchacha. No consigo ver más que llamaradas por todas partes.

Una voz mecánica empezó a hablar monótonamente. Procedía de la nave de carga que les trajera hasta allí, y que no llevaba tripulación humana de ninguna clase.

—Naves enemigas a la vista —¡si te retrasas un poco, me entero en el otro mundo! pensó Dan—. Tres de ellas. Repelemos el fuego.

Atentos los taitonianos únicamente a destruir los diminutos invasores, apenas habían hecho caso alguno del que tomaban por indefenso transporte. Y éste era una verdadera fortaleza, erizada de bocas de fuego por todas partes.

Uno de los rojos aparatos de Taitón se desintegró en el aire en medio de una horrísona explosión. Los otros, percatándose de su error, se deslizaron fuera de la trampa no sin sufrir serios desperfectos, para concentrar sus tiros desde lejos contra aquel inesperado enemigo.

—Una formación de naves ligeras se aproxima desde el Este —volvió a anunciar el robot—vigía del transporte—. Instrucciones.

—Número —pidió Theubis.

—Cinco mil trescientas doce.

—Dejadles aproximarse. Ocuparos únicamente de los dos mayores.

Libre del más inmediato peligro, Theubis organizó la defensa contra los ágiles aparatos que llegaban casi volando a ras de tierra para evitar

ser detectados demasiado pronto. A no ser por la astronave de arriba se les hubieran echado encima antes de saber que estaban allí.

Rápidas y secas órdenes partieron del “torpedo” de Theubis. Únicamente tres jefes de escuadrilla humanos formaban parte de su fuerza. El resto eran simples máquinas increíblemente perfectas, aportadas por Hebaiston.

Ranum fue abandonada en breves segundos, y tras los veloces “torpedos” se derrumbó con gran estruendo la transparente cúpula al ser materialmente acribillada de nuevo por los perforadores.

—¡Khira, Abalon! —gritó Theubis—. ¡Quedaos atrás conmigo!

Le obedecieron rápidamente, poniéndose a su lado.

Entonces dio orden de atacar en masa a los taitonianos que venían, sabiendo que más de la mitad de sus máquinas quedarían destruidas al primer envite por el fuego concentrado de un enemigo que, al menos, les duplicaba en número.

—¡Avería en la pantalla anti—g![3] —anunció nuevamente la voz metálica—. Apenas queda energía para sostenernos.

—¡Resistid todo lo posible!

—Mal se pone la cosa, Abalon —dijo para el oliamita.

—Si pudiéramos aguantar un poco más… ¡fíjate!

Se refería al combate que tenía lugar ante ellos. Por increíble que pareciera, sus pequeños “torpedos” habían logrado atravesar por entre lo más espeso de la formación taitoniana y ahora estaban enzarzados en una sangrienta lucha, girando unos alrededor de otros confusamente. Ello les daba una ligera ventaja ya que sus enemigos no podían disparar siempre que tenían ocasión salvo que se arriesgaran a darle a un compañero.

El carguero que los protegía desde las alturas estaba en sus últimos momentos de vida. Sin embargo, seguía disparando contra sus dos adversarios y transmitiendo observaciones.

—Otra flota de dos mil ciento ochenta naves pequeñas se aproxima a gran velocidad.

—Creo que ésos deben ser todos los que tienen disponibles por este lado —comentó Theubis—. ¡Si pudiéramos resistir un poco más!

Inconscientemente repetía casi al pie de la letra la frase pronunciada por Abalon poco antes.

—Pero aún les quedan las grandes astronaves —repuso éste.

—De ésas daremos cuenta pronto. ¡Vamos! Aquí ya no nos queda nada que hacer de momento.

Estaban logrando su objetivo: atraer hacia allí todas las fuerzas ligeras del enemigo.

Otro de los aparatos pesados de combate se partió por la mitad y sus restos se esparcieron por un radio de centenares de kilómetros,

mezclados con los del carguero cuya victoria sobre él había sido su canto del cisne.

Theubis quedó expectante unos segundos. ¿Qué haría el otro?

Simplemente dio media vuelta rumbo a su base. Estaba demasiado gravemente herido para entretenerse más, confiando el aniquilamiento del enemigo a los ligeros cohetes individuales.

El terrestre dio otra breve orden a sus máquinas—robot, que en el acto se elevaron fulminantemente hacia la estratosfera y más allá, perdiéndose de vista en cuestión de segundos. Como una bandada de halcones los taitonianos se lanzaron en su persecución viendo ya la victoria al alcance de la mano: eran cerca de diez contra uno.

Theubis, Abalon y Khira, posados en el suelo para evitar la detección casual, seguían las incidencias del combate en las alturas. Cada vez estaban más lejos. Aquellos pequeños "torpedos" eran capaces de fantásticas velocidades y lo estaban demostrando. Mil kilómetros de altura… mil quinientos… Minutos después ya se contaban por centenares de miles. Y seguían alejándose.

—Esos ya están listos… ¡Lan—res! —gritó Dan luego de cambiar la onda de su aparato de radio.

—A la escucha.

—Entrad en acción vosotros.

Las aguas alrededor de la ciudad de Olyam parecieron entrar de pronto en ebullición, mientras de su seno comenzaban a brotar millares de nuevos aparatos "torpedo". En menos de un minuto se habían extendido a baja altura sobre el astropuerto disparando sin cesar contra los edificios al tiempo que impedían que las tripulaciones de las docenas de cruceros allí estacionados acudieran a sus puestos de combate. El averiado superviviente de la batalla anterior, viendo la cosa malparada, trató de retroceder cuando ya un grupo de "torpedos" subía hacia él. Dos disparos perforantes realizados desde corta distancia bastaron para obligarle a que con una trágica pirueta cayera al mar.

Olyam estaba prácticamente en manos de sus antiguos propietarios. Mientras la mitad de los "torpedos" quedaban de guardia en el astropuerto para evitar que algún grupo de taitonianos se hiciera con el control de las astronaves, los restantes penetraron en la ciudad—concha.

Casi todos los primitivos habitantes de Olyam permanecían en sus puestos. Los taitonianos los mantenían allí, estrechamente vigilados, mientras poco a poco se iba realizando la sustitución a fin de que no se perdiera el control de los dominios con el cambio de dueños.

Por medio de grandes altavoces se anunció la buena nueva, y poco después todos empezaban a desfilar hacia el astropuerto. Hubo necesidad de acabar con algunos hombres—lagarto que obstaculizaban la evacuación. La mayoría se habían ocultado cobardemente.

Al cabo de cinco horas, ya en plena noche. Dan Theubis maldecía en cinco o seis idiomas. Primero fue necesario buscar tripulaciones para las cerca de trescientas astronaves de carga y el medio centenar de combate. Luego amontonar diez mil personas en cada una de ellas que, normalmente, eran incapaces de llevar dos mil. Y siempre con el temor de recibir aviso de la aproximación de alguna flota enemiga que diera al traste con la casi lograda victoria.

En provisiones o equipajes no cabía pensar. Forzosamente tendrían que pasarse sin comer, beber ni dormir el tiempo que estuvieran en el espacio. Otro problema, y no pequeño.

Fue para todos ellos un alivio cuando vieron elevarse al primer aparato, seguido de otro y otro…

—¡Hay que apresurarse, Dan! —gritó en su oído la voz excitada de Heram—. Los nuestros ya no pueden contener por más tiempo a los taitonianos.

Se trataba de las naves ligeras arrastradas lejos de Olyam con la treta de la huida. Cuando se percataron de que no se trataba sino de una maniobra para apartarles de la verdadera lucha, habían intentado regresar. Pero los “torpedos”, mucho más rápidos y maniobreros que ellos, les cortaban el paso siempre, obligándoles a presentar batalla.

Sin embargo cada vez habían menos “torpedos” y el combate volvía a aproximarse a Olyam.

Fue preciso un nuevo refuerzo de los que ya no se necesitaban para vigilar la ciudad… Más tarde se hizo necesario enviar un segundo contingente, encargándose de mantener el orden dos cruceros taitonianos tripulados por oliamitas veteranos.

Pero ahora ya no había nada que temer.

—Resistid unos minutos más, Heram. Ya estamos despegando.

Con la última astronave aún dentro de la atmósfera del planeta, la ciudad de Olyam con todas sus riquezas, sus archivos y bellezas de todas clases, voló por los aires. Taitón no encontraría facilidades para controlar su nuevo imperio.

Dos horas más tarde, adquirida ya la velocidad superlumínica, la flota oliamita se veía libre de la persecución de los taitonianos. No existía sistema capaz de detectar una nave en el hiperespacio.

—¡Uf! —suspiró Theubis dejándose caer desmadejado en una butaca —. ¡Estoy hecho polvo!

Habían vuelto a reunirse a bordo de la *Niké*. Alcide Masso, con cara de pocos amigos, les veía celebrar alegremente las incidencias de la lucha.

—Desde luego no me negaréis que la cosa ha salido bien por pura casualidad —dijo Adeses.

—¡Dilo otra vez y te parto la cabezota! —gritó Lan—res indignado—.

¡Estaba todo perfectamente planeado!

—Imagina que, en lugar de salir tres cruceros a nuestro encuentro lo hacen todos los que habían allí. ¿Qué hacemos nosotros?

Adeses estaba en lo cierto. Lan—res enmudeció en el acto.

—Pero contábamos con que ocurriera así —medió Abalon—. No sé por qué te lo explico, pues lo sabes tan bien como nosotros. Sin embargo, te refrescaré un poco la memoria:

»Jugábamos con dos posibilidades contra dos. En contra teníamos que podían lanzar contra nuestros robots solamente sus grandes naves de combate, o bien parte de éstas y parte de las ligeras, quedando una reserva de todas ellas que nos hubiera cortado el paso. Siendo superiores en número y potencia de fuego, no teníamos nada que hacer salvo suicidarnos.

»Por contra, quedaban posibilidades más factibles de que repelieran nuestro “ataque” a una ciudad que casi con seguridad sabíamos desierta porque todos sus habitantes estarían trabajando en Olyam, y para ello emplearan todas sus armas ligeras con objeto de aniquilarnos rápidamente, o que lanzaran también a la lucha los cruceros pesados desguarneciendo por completo el planeta.

—Afortunadamente hicieron lo que más nos convenía. Pensando que no éramos un enemigo digno de tener en cuenta, reservaron los cruceros… para nosotros —rió Lan—res.

—¿Por qué —intervino Hebaiston—, en lugar de una cháchara inútil no os empleáis en algo constructivo? Por ejemplo, pensando en lo que vamos a darles de comer a nuestros huéspedes.

—¡Oh, Hebaiston! —Lan—res hizo una mueca de aburrimiento—. ¡Déjanos en paz, por favor! Hasta que no toquemos tierra no pueden comer nada, salvo los tabiques de acero de las astronaves… y saldrían a poco. Cuando lleguemos ya se verá lo que se hace… ¿Qué te ocurre, Alcide?

Había cambiado bruscamente al observar el adusto ceño del italiano. Este no replicó.

—¿No lo ves? —dijo Tenis burlonamente—. Como es tan grandote no cabía dentro de los “torpedos” y se ha tenido que quedar sin diversión.

Un coro de carcajadas celebró la salida de la muchacha.

## Capítulo VIII

DOS días después, desfallecidos completamente, tomaban tierra en un cálido planeta de una lejana estrella perdida entre millones de otras semejantes.

—Se necesitaría un auténtico milagro para que los taitonianos nos encontraran aquí —dijo Hebaiston—. ¿Dónde desembarcamos?

Las cerca de cuatrocientas astronaves, con tres millones de personas a bordo, se establecieron en órbita, dando un par de vueltas alrededor de lo que confiaban fuera su nueva patria… durante unos días.

—En cualquier parte donde haya agua dulce. Aquí dejaremos a la mayor parte de la gente mientras nosotros buscamos un lugar más a propósito. Esto está demasiado cerca del imperio de Taitón y, con un poco de tiempo, acabarán dando con nosotros.

La desembocadura de un ancho río fue considerada lugar apropiado.

—Tendrán que dedicarse a la caza y la pesca si quieren comer —Lan—res no parecía muy convencido de que sus blandos compatriotas se rebajaran a hincar los dientes en un buen filete.

Pero tuvo que reconocer que el hambre realiza milagros.

Era digno de contemplar el espectáculo de aquellos centenares de miles de personas sumergiéndose en las fangosas aguas del estuario, bebiendo ansiosamente un líquido con un cincuenta por ciento de tierra y cieno, como si se tratara del néctar más exquisito.

—¿Esta es la raza que ha dominado el Universo conocido por ellos? —se preguntaba lleno de lástima el terrestre—. Parecen fieras hambrientas.

Sin preguntarse si serían nocivas o no para sus organismos, los oliamitas se atiborraban de todas cuantas frutas caían a su alcance, y cuando desde un “torpedo” de vigilancia, Tenis abatió un monstruoso reptil de certero disparo, se precipitaron sobre él como buitres. Muchos de ellos ni siquiera tenían paciencia para encender unas brasas con que asar la que en otra ocasión les hubiera parecido repugnante carroña.

Dotándoles de armas con que pudieran cazar y defenderse, Theubis y sus compañeros se dedicaron ansiosamente a organizar someramente la comunidad. Se les dio orden de dispersarse, aunque sin perder contacto entre sí, a fin de conseguir el sustento con más facilidad que si permanecían todos juntos.

Luego se marcharon, dejándoles momentáneamente abandonados a su suerte.

Las cuatrocientas astronaves se esparcieron por un determinado sector de cúmulos estelares. Dos meses estuvieron explorando planeta tras planeta hasta dar con lo que les interesaba.

—¿Y ahora, qué? —preguntaba Theubis cuando tuvieron desembarcado al personal.

Hebaiston movió dubitativamente la cabeza.

—Somos demasiados. Nadie de nosotros está acostumbrado a trabajar físicamente, y no querrán hacerlo ahora en beneficio de la comunidad. Alegarán que se fatigan. Y nosotros solos no podemos hacerlo todo. Dentro de unos años se habrán agotado los materiales aunque desguacemos las naves. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que nadie se preocupará sino de comer y dormir —aventuró Abalon—. En cien años habrán retrocedido al estado en que se encuentran ahora en el planeta de Dan.

—¿No se puede seleccionar una élite, creando una ciudad aparte, y mantener viva con ellos la llama de la civilización? —sugirió Theubis.

—Todos querrían ser elegidos —negó Hebaiston—. Y nadie tiene más derecho que los otros. Únicamente nos queda una solución.

—¿Cuál?

—Convertirnos en parásitos de Taitón. Asaltar sus líneas de comunicaciones y con el producto de la rapiña mantener una población de inútiles y holgazanes…

—Con lo cual —terminó Adeses— llegaremos con el tiempo a uno de dos extremos que igualmente significan el fin: los taitonianos nos perseguirán, acabando por aniquilar nuestra flota… o nuestro planeta si lo localizan. La otra alternativa es la "degeneración civilizada", el apoltronamiento, en el cual dependeremos inexcusablemente del cordón umbilical que será la piratería. Cortando éste por falta de medios… o de presas… la muerte de la raza.

—Tal vez no —sugirió Theubis—. ¿Por qué no intentar el primer medio? Algo hay que hacer, en fin de cuentas. Y si con ello retrasamos el decaimiento, ¿quién sabe si no se podrá hallar una solución definitiva entretanto?

* * *

Olyam renacía.

Todos sabían que su vigor era artificial, pero procuraban olvidarlo.

Y Taitón, tambaleándose sobre el desmembrado imperio de reciente usurpación, poco podía hacer para cortar la sangría.

Cierto que contaba con una flota cuyo número tal vez fuera un millón de veces superior a lo oliamita, pero ¿cómo controlar ésta en la inmensidad de los espacios por donde se movía? Era prácticamente imposible adivinar dónde descargarían el próximo golpe, o si lo harían

simultáneamente en varios sitios a la vez.

El Gran Khron, Emperador del Universo, estaba atado de pies y manos ante la audacia de aquellos diminutos adversarios, a los que, precisamente por su pequeñez, estaba imposibilitado de golpear con toda la energía de que era capaz. Destruidos los archivos de Olyam, muchas de sus colonias desperdigadas por los confines de la Galaxia habían quedado fuera de su control al ignorar siquiera dónde estaban situadas. Volver a traerlas al redil significaba largos siglos de tarea e interminables exploraciones.

¡Y los restos organizados de Olyam, alimentándose a su costa!

Pero…

El Imperio de Taitón podía estar cimentado sobre la sangre de incontables millones de víctimas inocentes. Los taitonianos podían ser implacables bestias sin sentimientos humanos. Sin embargo no eran tontos, ni mucho menos.

Al contrario. Entre sus más destacadas personalidades habían algunas que, precisamente, lo eran por su gran inteligencia.

Y el Gran Khron, Emperador del Universo, era uno de ellos.

La máxima autoridad del Imperio de Taitón no era amigo de pompas ni de grandes Consejos. Convencido de que las discusiones únicamente lograban retrasar la resolución de los asuntos, su Estado Mayor se componía únicamente de cuatro colaboradores inmediatos… los más capaces que había podido hallar en la respectiva especialidad. Una vez adoptada una decisión, aquel a quien incumbía su cumplimiento se encargaba de elaborar los planes completos auxiliado por el equipo de su departamento.

Ello cuando el Gran Khron no insistía en estar presente también en estas deliberaciones para tener la seguridad de que las cosas se hacían según sus deseos.

En esta ocasión se trataba de algo demasiado importante para que dejara de intervenir directamente en la discusión de los detalles de la operación.

—En definitiva —estaba diciendo Khron—. Lo que deseo de ustedes es que borren del Universo a esos pequeños restos de Olyam. Se muestran demasiado activos para nuestra tranquilidad, aunque parece ser que no cuentan con fuerzas suficientes para que tengamos que preocuparnos demasiado. Sin embargo, si les dejamos envalentonarse con nuestra pasividad acabarán creciendo demasiado.

Cesó de hablar. Sus ojillos reptilescos recorrieron el muestrario de impasibles rostros que se sentaban en semicírculo ante él, a un nivel más bajo.

—Según dije en el Consejo Supremo —manifestó un individuo, poniéndose en pie. Hubiera sido imposible decir la edad de cualquiera

de ellos, y éste lo mismo podía ser un jovencito recién salido del cascarón como un anciano —mi departamento ha desarrollado un mecanismo que puede ayudarnos a localizar cualquiera de nuestras astronaves que sea apresada por los piratas.

Era Haprios, Jefe supremo de los científicos de Taitón.

—Lo creo así, Haprios —asintió Khron—. Por ello no necesitamos entrar en detalles acerca del uso de ese artefacto. Lo que deseo de estos señores es un plan para capturar la flota enemiga una vez sepamos dónde se encuentra.

—Es difícil, Gran Khron —Kaeos, Supremo Mariscal de la Armada, tenía algo que decir al respecto—. Nuestras astronaves de combate les superan numéricamente en forma abrumadora, pero ¿cómo reunirías en el momento y lugar oportunos, sin previa preparación? Si supiéramos dónde aguardarles…

—¡Eso es cuenta vuestra, Kaeos! —gritó Khron irritado—. Mis únicas órdenes al respecto son que deben ser destruidos completamente antes de un mes…

Paseó la vista en derredor, como si contara los Mariscales reunidos allí.

—Sois doce —prosiguió—. ¡Formad doce flotas! ¡Distribuidlas estratégicamente por toda la Galaxia! ¡No deseo a mi alrededor seres inactivos, únicamente capaces de dar órdenes! ¡Vuestras cabezas me responden colectivamente del éxito!

Bruscamente abandonó el salón de reuniones, dejando consternados a sus doce Mariscales. Una espada de Damocles pendería sobre aquellas doce cabezas… con un plazo fijo para que se rompiera el hilo que habría de hacerlas caer.

Khron no amenazaba en vano ni era capaz de utilizar eufemismos. Había dicho que sus cabezas respondían, y ése era el significado literal de su frase.

* * *

—Esos nos sirven. Llevan maquinaria de precisión para los astilleros de Bilos —anunció Adeses a su segundo, un joven llamado Meger.

—Sí. Creo que es una buena presa. He oído decir que están construyendo un nuevo tipo de astronave: más rápida y maniobrable que las actuales de carga —repuso Meger—. Pero llevan escolta…

—Llama a Tenis, Abalon y Theubis. Pueden llegar a tiempo.

Mientras Meger obedecía, Adeses continuó observando en la pantalla de su esfera—espía los progresos de su presa en ciernes. Las veintitantas astronaves de carga estaban saliendo de la atmósfera de su planeta de origen, adquiriendo más y más velocidad a cada momento.

Al cabo de unos minutos se reunían con otro número igual de

cruceros que las habían estado aguardando. Todos juntos, en ordenada formación, continuaron alejándose del centro del sistema planetario.

—Piden las coordenadas, Adeses —dijo Meger—. Creen que podrán llegar a tiempo.

—Espera un momento.

Cuidadosamente realizó unos cálculos por medio de los computadores automáticos hasta obtener el lugar exacto en que, alejados lo suficiente del campo gravitatorio de la vecina estrella, los navíos taitonianos penetrarían en el hiperespacio donde les era posible alcanzar velocidades miles de veces superiores a la de la luz.

Meger transmitió los datos que le entregaba Adeses, y con ellos mismos buscó donde ocultar su propia flotilla a la espera.

Varias horas transcurrieron así. Los aparatos taitonianos seguían acelerando. Ya estaban casi a mitad del camino que los separaba de la emboscada, y cada vez marchaban a mayor velocidad. Casi habían obtenido ya la mitad de la de la luz, lo cual significaba que faltaba poco para que alcanzasen el punto fijado por Adeses.

El pequeño espía mostró la lejana masa del último planeta del sistema. El oliamita dio una corta orden:

—¡Ahora!

Súbitamente se materializaron un centenar de naves de combate alrededor de los taitonianos. Éstos, pillados por sorpresa, redujeron la velocidad para evitar el choque con las más próximas, perdiendo la única oportunidad de penetrar en el hiperespacio donde sería imposible seguirles.

Dan Theubis, llegado al mismo tiempo que sus compañeros, tomó automáticamente el mando de la operación.

—¡Abordadles! ¡Somos el doble que ellos!

Se trataba de capturar con el menor daño posible cuantas naves estuvieran a su alcance. Ello incrementaría su flota.

Los oliamitas estaban prácticos en estas operaciones. Dos, y hasta tres, de sus aparatos se adhirieron por medio de electroimanes a cada uno de los enemigos. Para aproximarse a ellos llevaban montadas las pantallas deflectoras que impedían el paso a cualquier clase de radiación o proyectil. Una vez lo bastante cerca para que ya no hubiera peligro, salvo que el enemigo quisiera suicidarse, retiraban las defensas para poner en acción los electroimanes:

El problema de atravesar la muralla del contrario no era demasiado difícil. Reuniendo mucha más potencia de motores entre los dos o tres asaltantes, podían absorber la energía por medio de mecanismos especiales, y en pocos minutos la habían debilitado lo bastante para poder pasar a través de ella.

Luego ya era cuestión de abrir boquetes en las corazas y lanzar

hombres perfectamente equipados por ellos.

Alcide Masso, en su calidad de jefe de las tropas de asalto, fue el primero en penetrar en el buque insignia. Estaba práctico en su misión y conocía perfectamente el lugar que pisaba. Su primera meta era el cuarto de máquinas.

Un nutrido grupo de taitonianos opusieron fiera resistencia; Alcide sintió abrasada su pierna izquierda, pero desde el suelo siguió disparando su pistola de rayos hasta que él y sus hombres obtuvieron un pequeño respiro que les permitió cargar más de cerca. A esa distancia ya sus armas eran más efectivas y prontamente dieron cuenta del obstáculo. Cinco de los suyos habían pagado con la vida aquel primer choque.

La quemadura de la pierna seguía doliendo. Sin embargo, no debía ser demasiado grave porque el italiano comprobó que podía utilizarla con sólo una pequeña molestia.

—¿Qué te ocurre, Alcide? —preguntó Theubis, llegando junto a él.

—Nada de particular. Un rasguño.

—¿Rasguño y no tienes rota la armadura?

—Emplean pistolas como las nuestras, Dan. Así nos va a costar mucho dominarles.

—Manda que me traigan un perforador pequeño —asintió Theubis—. Luego seguidme.

Junto con sus hombres continuó el avance, mientras los de Masso esperaban el refuerzo del perforador.

Y cuando esperaba encontrarse con algún obstáculo que impidiera su avance, apareció ante él una formación de hombres—lagarto, ¡desarmados!

Su actitud no podía ser más pacífica. Vestían el uniforme de la Armada Taitoniana, pero ni una sola pieza de armadura o traje espacial que los protegiera.

Humildemente, encabezados por un oficial de alta graduación, se aproximaron hasta hacer alto a pocos pasos de distancia.

—¿Qué significa esto? —preguntó Theubis con asombro.

—Nos rendimos —repuso el oficial en su fatal oliamita, agravado por la enorme dificultad de unas cuerdas vocales distintas a las de los seres humanos.

Alcide, cargado con su enorme perforador, y cojeando ligeramente, se reunió con ellos.

—Vigila bien a estos pájaros, muchacho —le ordenó Theubis—. Si alguno de ellos te pide un cigarrillo, déjalo tieso.

—¡Pero si no fuman! —protestó el luchador.

—Precisamente por eso —Dan soltó una carcajada—. Ten la seguridad de que estarían tramando algo contra ti.

Acompañado por diez o doce de sus subordinados, Theubis llegó

finalmente a la cámara de control. Estaba desierta.

Con dos o tres rápidos movimientos desconectó los motores. Ahora sus propios aparatos, pegados al taitoniano, lo arrastrarían consigo dando lugar entretanto a que las tropas de asalto terminaran de controlar las naves apresadas. Así no se perdía tiempo en huir de la posible persecución.

Theubis reunió en su nave a Tenis, Abalon y Adeses. Khira estaba con él, oficiando de segundo en mando de su cuadrilla.

Todos expresaron su sorpresa ante aquella rápida capitulación de los taitonianos.

—¡No lo entiendo! —casi gritaba Adeses—. ¡Si siempre han resistido hasta el último hombre! Sabéis muy bien que hemos perdido muchos hombres porque los taitonianos prefirieron suicidarse al destruir sus aparatos, en muchas ocasiones, antes que tolerar que cayesen en nuestro poder.

—Ha sido una de las victorias más fáciles de cuantas llevamos ganadas —asintió Theubis—. Y os aseguro que no me hace ninguna gracia ese cambio de comportamiento.

—¿Y os disteis cuenta de cómo todos deceleraron al aparecer nosotros en lugar de tratar de escapar como han hecho otras veces? — Tenis colaboró al desconcierto general con su propia observación.

Se hizo un largo silencio mientras todos trataban de digerir los extraños acontecimientos. Theubis, que había tomado parte en muchas operaciones anteriores, estaba francamente preocupado.

Alcide Masso entró en aquel momento. Había estado organizando la puesta a buen recaudo de los numerosos prisioneros.

—¡Vaya noticia que traigo, muchachos! —gritó con alegría.

—¿Qué pasa? —Tenis, que sabía de los cortos alcances del grandullón, desconfiaba de que fuera buena en el fondo la noticia, aunque él lo creyera así.

—He estado sonsacando al Almirante. Dice que… Bueno, os aseguro que no he tenido necesidad de hacerle nada. Ni siquiera amenazarle, palabra.

—Pero, ¿qué te ha dicho? —preguntó Abalon, impaciente como los demás.

—El Gran Khron debe habernos tomado mucho respeto —anunció Masso, empeñado en explicar las cosas a su manera.

Pero los demás no estaban en humor para soportar las deducciones del gigante. Theubis, el único a quien el italiano soportaba brusquedades sin ponerse belicoso, le interrumpió.

—¡Acaba de una vez, Alcide! ¿Qué has averiguado?

—Dice que tenían órdenes de no ofrecer resistencia alguna. Los que se enfrentaron conmigo no lo sabían.

—¡Gran Dios! —murmuró Dan, abrumado—. ¡Eso sí que no lo esperaba yo! ¿Cómo es posible?

Los demás se sobresaltaron ante sus exclamaciones.

—No veo… —empezó Adeses. Treubis le interrumpió con brusquedad:

—¿No ves…? ¡Claro que no ves! ¡Ni yo tampoco! Pero no concibo esto. ¡Llamad a Hebaiston inmediatamente!

Hebaiston estaba en la *Níké*, aguardándoles en el punto de cita adonde se dirigían.

Khira, en cumplimiento de sus deberes de segundo, salió disparada. A los pocos instantes regresaba.

—Ya he hablado con él. Dice que pasemos todos a la *Niké* inmediatamente. En media hora llegaremos junto a él.

Estaban alcanzando uno de los puntos de la Galaxia donde solían dejar los prisioneros en algún planeta deshabitado, pero capaz de mantenerlos vivos. Allí se encontraba el resto de su flota.

Y con ellos, ocultos en las astronaves capturadas, viajaban varios de aquellos diabólicos ingenios que permitirían a los taitonianos localizarles con bastante facilidad.

La muerte aleteaba sobre la pequeña fuerza de resistencia del otrora poderoso Imperio de Olyam.

# Capítulo IX

NUEVAMENTE reunidos en el familiar marco del crucero—laboratorio *Niké*.

Hebaiston, dueño y señor absoluto dentro de sus gruesas paredes metálicas, no se entretuvo en hacer los honores a sus amigos recién llegados.

Inmediatamente entraron en materia.

—Yo tampoco entiendo lo que significa ese repentino cambio de actitud de los taitonianos. Es algo que jamás se me hubiera ocurrido posible.

—Pues bien claros están los hechos: yo creo que se trata de una trampa. Pero, ¿cuál? ¿De qué clase?

—¿Estáis seguros de que los prisioneros no llevan algún artilugio que pueda servirles para atraer sobre nosotros a los sabuesos de Taitón?

—Todo lo que se puede estar humanamente. Les hemos quitado sus ropas, cambiándolas por otras que teníamos preparadas, como de costumbre. Sus cuerpos han sido registrados, por dentro y por fuera, sin que hayamos podido hallar nada extraño —Adeses casi daba muestras de hallarse ofendido por lo que parecía una sospecha acerca de la perfección de sus métodos de tratar a los prisioneros.

—¿Y las naves capturadas? ¿Habéis comprobado su carga? —insistió el científico con voz cortante.

—Ha sido imposible en tan poco tiempo, Hebaiston —medió Theubis —. Comprende que apenas hace una hora que…

—Sí, lo sé, lo sé —cortó impaciente el marido de Afrias—. No he querido achacaros ninguna responsabilidad… para en el supuesto de que ocurra algo, cosa bastante improbable. Simplemente se trataba de comprobar un hecho.

Sus ojos se clavaron en un determinado punto a espaldas de Theubis que estaba sentado frente a él. De pronto se levantó de un salto.

—¡Ya lo tengo! ¡Vámonos de aquí!

—¿Qué ocurre? —preguntó Posi'oh—. ¿Por qué tantas prisas?

—¡Obedeced! Es muy posible que ya no tengamos tiempo de desaparecer antes de que esté aquí toda la flota taitoniana.

La desbandada fue general. Theubis los hizo detenerse con un grito:

—¡No salgáis de la *Niké*! Cuando Hebaiston dice que hay prisa, es que la hay! ¡Dad las órdenes desde aquí sin perder más tiempo!

Tumultuosamente se precipitaron en la cabina de control. Pero no era tan sencillo el marcharse. Sus tripulaciones tenían que regresar a bordo de las respectivas naves, abandonando las recién capturadas. Dejar los prisioneros en seguridad… inutilizar los aparatos taitonianos para que no comunicasen su situación demasiado pronto, si no lo habían hecho ya. Y finalmente, soltar las amarras magnéticas que sujetaban cada aparato enemigo a dos o tres de los oliamitas.

Hasta varias horas más tarde no estuvo todo hecho. Hebaiston, desde cierta distancia del grueso de la tropa, paseaba nerviosamente de un lado a otro.

—Pero, ¿aún no terminan? —preguntaba a cada instante.

—Todavía no nos has dicho el motivo de esta huida tan precipitada. Los muchachos no se apresuran demasiado porque se duelen de tener que abandonar tan rico botín.

—¡Botín! ¡Qué pronto han perdido aquella capa de civilización… casi afeminamiento, que les cubría hace pocos días hasta el punto de hacer de ellos unos perfectos cobardes! —Khira expresaba cierta indignación. Ella comprendía que el científico debía tener sus poderosos motivos para desear hallarse lejos de aquel sector.

Hebaiston le dirigió una mirada de agradecimiento. Luego habló con parsimonia.

—¡Emisoras espías! ¡Eso es lo que han ocultado dentro de algunas de las naves! ¡Toda la flota de Taitón está ahora en camino, dispuesta a aniquilarnos de una vez!

—No comprendo cómo has podido deducir eso únicamente porque hoy se nos han resistido menos que otras veces…

—La cabeza, Dan —explicó Hebaiston—, sirve para pensar. Esa idea se me ocurrió inmediatamente y no he tenido sino que comprobarla en mi laboratorio. Al menos tienen una docena de emisoras—faro.

—¡Todo dispuesto para marcharnos! —anunció Heram. Pero antes de que nadie pudiese contestarle, se oyó otra voz perteneciente a uno de los robots—vigía:

—Naves a la vista. A seis grados, veinte segundos, Norte. Doce grados negativos vertical. Número: doce mil.

Un silencio de muerte cayó sobre el Estado Mayor oliamita.

Theubis fue el primero en romperlo con una orden tajante.

—¡Rumbo Sur a toda máquina! ¡Cada cual que se las entienda por su cuenta!

Era la única solución posible. Mantenerse agrupados suponía la casi segura destrucción de todos ellos. En cambio, separándose, el enemigo se vería en mayores dificultades para localizarles y había la posibilidad de que muchos pudieran escapar al cerco.

Otra voz mecánica anunció la aparición de una nueva fuerza

enemiga por el Este… Segundos más tarde era hacia el Sur, cuando ya los oliamitas aceleraban a toda velocidad.

Los taitonianos surgieron del hiperespacio en medio de ellos.

Una breve pero sangrienta batalla se entabló al instante. Por cada nave oliamita había al menos cinco taitonianas.

Theubis, encargado de la artillería de proa, disparó casi a bocajarro contra un crucero pesado aparecido de repente en medio de su camino. El buque, rojo sangre con franjas amarillas a lo largo del fuselaje, quedó partido en dos mitades mientras la *Niké* atravesaba como un meteoro por en medio de los fragmentos, sin desviarse un milímetro de su ruta.

A no haber acertado el terrestre se habrían estrellado allí mismo.

Luego todo fue una pesadilla de explosiones por todos lados, naves que aparecían ante su vista para fundirse instantáneamente con la oscuridad del espacio, chispazos, resplandores, maniobras audaces e inverosímiles para esquivar el choque, a veces incluso con algún compañero…

Cerca de ellos el viejo *Arges*, el primer compañero que tuvo la *Niké*, se convirtió en una deslumbrante bola de fuego al encajar un disparo en sus depósitos de combustible nuclear.

Theubis se sintió repentinamente lanzado fuera de su asiento. La *Niké* dio una vuelta completa sobre sí misma y las luces se apagaron por unos instantes hasta que funcionó el sistema de alumbrado auxiliar. Las mujeres gritaron.

Con un enorme chichón en la cabeza, Dan Theubis se incorporó del rincón en que había caído. Todos sus compañeros estaban imitándole, excepto Khira que permanecía inmóvil junto a la consola del computador de órbitas.

El terrestre corrió hacia ella.

En apariencia no tenía otra cosa que un corte en la parte posterior de la cabeza., del que manaba un poco de sangre. Tomándola en brazos, el joven la sujetó en una de los butacas para evitar que volviera a caerse. Allí estaría segura hasta que pudiesen atenderla mejor.

Luego se aproximó a Hebaiston.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó.

—No lo sé aún. Sin embargo… —se interrumpió al escucharse la voz de uno de los robots que formaban parte de los sistemas de control del aparato.

—Avería en los motores auxiliares. El número uno y tres, momentáneamente inutilizados; se procede a reparaciones de urgencia. Reactor con pérdidas.

—¡Maldición! —barbotó Posi'oh—. ¡Lo que nos faltaba!

Por fortuna para ellos nadie había fijado su atención en la *Niké* en los breves segundos que estuvieran preocupados con sus asuntos internos.

Ahora otro de los navíos escarlata se precipitaba sobre ellos con ánimo de rematar a la maltrecha astronave.

Arriesgándose a terminar con el resentido fuselaje, Posi'oh realizó una impecable acrobacia que los llevó a popa de su atacante. Cuando le dejaron atrás, luego de casi pasar rozándole, sus fragmentos empezaban a dispersarse en el espacio a gran velocidad.

De pronto penetraron en el hiperespacio. Para conseguirlo se necesitaba alcanzar determinada velocidad, muy poco por debajo de la de la luz, y con el constante acelerar lo habían logrado. Una vez allí podían considerarse libres de toda persecución… normalmente.

Pero no en su caso actual.

Según explicó Posi'oh, el especialista en astronaves, a Theubis, la avería en los motores auxiliares dejaba reducida su velocidad superlumínica a una pequeña fracción de la que podían alcanzar con la astronave funcionando normalmente. Además, la pérdida de combustible en el reactor les hacían dejar tras de sí un rastro casi imposible de perder por quienquiera que tropezara con su pista.

—Entonces… ¿no tenemos escape posible?

—Jamás debe perderse la esperanza —reconvino Theubis a Abalon que era quien había formulado la pregunta—. En último extremo siempre podríamos embarcar en unos cuantos torpedos y dejar que la nave siguiera su curso mientras nosotros nos ocultábamos en cualquier planeta, aunque no fuera demasiado habitable. ¡Ya nos arreglaríamos para salir de allí también!

Su optimismo era contagioso. Los demás se animaron… aunque no demasiado.

Al surgir del hiperespacio les fue posible comprobar el alcance real de sus averías. Eran irreparables mientras no descendieran sobre algún planeta.

—Es cuestión de tiempo —aseguró Posi'oh—. Sin embargo, yo creo que de momento podremos taponar el escape de combustible para que nadie pueda seguirnos.

Con todas sus energías se aplicaron a la tarea. Hebaiston, entretanto, atendía a la lesionada Khira.

—Tiene dos costillas fracturadas —comunicó a Theubis más tarde—. Nada de importancia, pero durante unos días no podrá hacer su vida normal. Tendrá que guardar cama.

—¿Qué le vamos a hacer? —se resignó el joven—. Las desgracias nunca vienen solas.

Una gruesa plancha de plomo taponó la grieta del reactor por donde se producía el escape. Encima de ella otra capa de lo que los oliamitas llamaban acero, de una dureza que dejaba en mantillas al diamante, protegía aquel punto débil de cualquier accidente exterior.

Sin embargo, aunque de momento podía pasar, se trataba únicamente de una reparación provisional.

—Para cuestión de pocos días —aseguró Adeses—. En definitiva tendremos que descender en algún sitio.

—¿Y por qué no regresamos a Nova—Olyam? — preguntó Theubis.

—Tardaríamos años en el estado en que ahora se encuentran los motores auxiliares. Casi no tenemos potencia.

—¿Entonces?

—Estamos en un sector bastante conocido… por nosotros. Iremos a la Tierra —dijo Hebaiston—. Está relativamente cerca y allí tenemos la seguridad de poder desenvolvernos sin el engorro de los trajes espaciales, cosa que ignoramos si podría ocurrir en otro planeta caso de encontrarlo.

Renqueando penosamente, la *Niké* cubrió la distancia de cien años—luz en tres etapas de varias horas cuando antes hubiera necesitado apenas minutos para alcanzar los límites del sistema del Sol. Y dos días más tarde tomaban tierra en una desolada extensión desértica.

—El desierto de Gobi —comentó Theubis, soniendo humorísticamente—. ¡Es curioso! Siempre sentí deseos de visitar el Asia, pero ¿cómo iba a imaginarme que lo haría en esta forma?

Había mucho trabajo que realizar. Sin embargo, Theubis, con la excusa de que sus escasos conocimientos técnicos eran más un estorbo que una ayuda, aprovechó bastantes ocasiones para explorar los alrededores viajando sobre uno de aquellos maravillosos “torpedos”, obra de Hebaiston.

En cierta ocasión se alejó bastante hacia el Sudoeste, atravesando por encima del Himalaya luego de cruzar lo que siglos más tarde sería el Imperio chino, el más antiguo del mundo, y que ahora no sustentaba sino algunas muy desperdigadas tribus de seres que tenían más de antropoides que de personas.

El Tigris, el Eufrates, en cuyos cursos había empezado a escribirse la historia de la Humanidad, aún no eran otra cosa que simples corrientes de agua, más o menos caudalosas. Las fantásticas ciudades que más tarde se levantarían en sus riberas, todavía pertenecían a un futuro lejano, más todavía del momento actual que de aquel en que él, Dan Theubis, habría de nacer cuando ya aquellas poblaciones apenas serían otra cosa que informes amontonamientos de rocas labradas, con escasos indicios de pasadas grandezas.

Tentado estuvo por unos momentos de buscar la ubicación del jardín del Edén, el Paraíso. Según sus noticias existió también por aquellos parajes. ¿Habríase esfumado, viniendo a sustituirle alguna de aquellas extensiones arenosas? ¿O sería, tal vez, uno de los frondosos oasis de verdor que ponían alegres manchas en el amarillento paisaje de las

tierras desérticas?

Una luz en su tablero de instrumentos comenzó a parpadear rápidamente. Le llamaban sus amigos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, comprobando con gran asombro que llevaba cerca de diez horas de vuelo—. Estoy bien.

—Ya lo supongo —repuso Heram—. ¡Regresa rápidamente!

—¿Tan urgente es que no podéis esperar unas horas más? Me está gustando la excursión… —trató de protestar.

—Si tardas más de una hora ya no nos encontrarás aquí —le urgió su amigo—. Hemos localizado seis naves taitonianas que parecen estar registrando este sistema, planeta por planeta. Seguramente nos buscan a nosotros.

—¡En diez minutos me tenéis ahí!

Fueron once y medio los que invirtió en ello. El morro del "torpedo" se puso al rojo blanco, y de haber sido de acero, con seguridad que le hubiera sido imposible resistir la altísima temperatura, causada por la violenta fricción con la atmósfera.

Por medio de sendas grúas, apresuradamente armadas, los oliamitas estaban colocando en su lugar los motores auxiliares, sujetándolos en forma provisional. Theubis se encontró con Posi'oh y Adeses que dirigían la operación, y quienes al verle le hicieron una seña de que les siguiera al interior de la *Niké*.

Hebaiston estaba esperando con impaciencia, acompañado de Alcide Masso, Heram, Tenis, Persheh, Lan—res y Abalon. Afrias se presentó poco después.

—¡Vaya, hombre! El Estado Mayor en pleno —murmuró Theubis algo zumbonamente—. ¡Parece como si nunca os hubierais enfrentado a los taitonianos! ¿Cómo está Khira, Hebaiston?

—Casi bien del todo. En dos días más le daré el alta.

—¿Puedo ir a verla? Sólo son dos minutos.

—Lo siento, Dan. No podemos perder ni un solo segundo. Escucha lo que tengo que decirte… y no me interrumpas hasta que termine, por favor. Es tu costumbre.

—Habla —asintió, profundamente intrigado—. Soy todo oídos.

—Bien —el sabio empezó su explicación—. Cuando convinimos iniciar las acciones contra Taitón, te ocultamos parte de nuestros planes.

Theubis levantó la cabeza sorprendido. No sabía nada de ello.

—¿En qué sentido?

—Has prometido no interrumpirme. La idea era "sembrar", por así decirlo, uno o varios núcleos de oliamitas y abandonarlos a su suerte. Nuestra opinión, como la tuya, era que con nuestras escasas fuerzas no podíamos soñar seriamente en derrotar a las huestes de Khron. Había que esperar muchos años hasta que nuestras gentes alcanzaran un

número respetable y la necesaria madurez. Para entonces estaríamos muertos.

»Pensamos en regresar a la Tierra… nosotros solos. Construir una cámara hermética en cualquier lugar difícilmente localizable y sumirnos, por medios mecánicos, en una hibernación artificial de siglos[4]. Ello es posible de conseguir, disponiendo de tiempo y elementos, de lo que carecemos ahora.

»A ti te enviaríamos a tu tiempo para que nos despertases, ya que desconfío de cualquier artificio automático que podría estropearse, convirtiendo en muerte real lo que sólo tratábamos de que fuera aparente. Son muchos años para que no puedan ocurrir miles de averías distintas.

—Podríais trasladaros con la máquina del tiempo. Es un procedimiento seguro.

—No lo es, aunque no tengo tiempo de explicarte ahora el porqué. En resumen: cuando los taitonianos lleguen a la Tierra nos encontrarán totalmente indefensos. Eso significa la muerte para todos nosotros. Y hemos decidido que lo menos que podemos hacer en agradecimiento a ti, es librarte de ella. Vas a regresar a tu época.

—¡Ocultaos! No es demasiado difícil…

—No —Hebaiston hablaba calmosamente, como si el asunto no le incumbiera en absoluto—. Moriremos luchando, ya que no podemos hacer otra cosa por nuestra Patria destrozada.

—¡Me niego a irme! ¡Mi puesto está con vosotros!

—No insistas, Daniel Theubis. Está decidido. Eres el único que puede seguir viviendo.

—¿Y qué vais a hacer vosotros?

—Por lo pronto, ocultarnos en el fondo del océano Pacífico. Sin embargo, dudo mucho que ello despiste a los taitonianos: nuestro rastro radiactivo es demasiado claro. Más tarde o más pronto nos encontrarán… ¡Acompáñame!

—¡He dicho que no me voy…! ¡Suelta, Alcide!

—Lo siento, Dan —replicó el gigantesco boxeador—. Son órdenes.

Sus no despreciables fuerzas eran inútiles contra la presa de aquel mastodonte humano. Dan Theubis se sintió dominado como un niño, levantado en vilo y transportado hasta el taller de Hebaiston. Masso no le soltó hasta que estuvo fuertemente atado a una silla totalmente metálica.

Una campana de cristal le cubrió por completo. A sus pies un pequeño fardo contenía la ropa que llevaba el día que fue transportado con esta misma máquina que ahora iba a reintegrarle.

—¡Soltadme, malditos! ¡Quiero quedarme con vosotros! —sus gritos no lograban posiblemente atravesar la muralla de cristal—. ¡Khira!

¡Dejadme, al menos, que me despida de ella!

Todos sus amigos —¡lo seguían siendo pese a esto!— rodeaban en silencio el aparato. Estaban serios. Únicamente Hebaiston habló por todos ellos mediante un oculto altavoz.

—¡Adiós, Dan! ¡Lamentamos tener que separarnos de ti para siempre! ¡Estoy seguro de que la victoria hubiera sido nuestra si dentro de treinta y cinco mil años hubiéramos renacido para conducir nuestras tropas contra Taitón! ¡Recuérdanos siempre!

Nunca supo si los oliamitas llegaron a ver la inclinación afirmativa de su cabeza… y las lágrimas que, por primera vez desde que tenía uso de razón, le humedecieron las mejillas… ¡Khira, adiós!

Su vista se nubló. La sangre comenzó a circular más aprisa por sus venas. Algo dentro de él empezó a aflojarse… Su cuerpo se hinchaba, se hinchaba, creciendo desmesuradamente.

El Universo entero se volvió del revés. No existía el Espacio ni el Tiempo. Dan Theubis estaba a la vez en todas partes y en ninguna… en todas las épocas y en el Jamás… en la Nada y en el Todo.

Sintió que giraba… cada vez más rápidamente; el centro de su giro lo tenía en la cintura. Aún tuvo tiempo de extrañarse de que la presión de la sangre por la fuerza centrífuga no hiciera estallar su cráneo en mil fragmentos. Pero, ¿tenía cráneo, acaso?

No. Dan Theubis no existía… Todo se hizo negro a su alrededor…

Estaba cruzando a increíble velocidad la barrera del Tiempo.

La Gran Aventura había terminado.

## CONCLUSIÓN

Súbitamente, como una explosión, recuperó la consciencia.

Estaba en el mismo lugar donde ¿meses, años antes? se sintiera acometido de un extraño malestar. Nada había cambiado… es decir, sí.

Su chaqueta continuaba colgada donde él la dejó. Aún conservaba un ligero balanceo. Sin embargo, Theubis estaba ahora vestido con la ligera malla metálica de los astronautas oliamitas. En el suelo el pequeño lío de ropa conteniendo sus pantalones y pistola.

—¡Han muerto todos! ¡Para mí han transcurrido segundos! ¡En cambio, sus restos se han convertido en polvo impalpable! ¡Ni siquiera sé dónde están sus tumbas… si las tienen!

Se decidió de improviso: Alcide Masso habría regresado también. La máquina únicamente podía ser utilizada dos veces seguidas, y luego requería unos días de reposo. Por ello no les acompañaron los oliamitas: puesto que sólo dos podían salvarse, que fueran los terrestres. Para cuando pudieran reanudarse los traslados, ya habría terminado todo…

¡Iría a ver a Alcide! Un hombre de sus características no podría ocultarse. Juntos podrían recordar, ya que no revivir, el remoto pasado.

—¡Bien! —trató de animarse, con la sombra de una sonrisa—. ¡Sigue haciendo calor! Por tanto, ¡a bañarse!

Pero permaneció inmóvil. Finalmente se puso su ropa terrícola encima de la oliamita, y salió al espléndido sol de aquella tarde veraniega.

¡De nuevo la rubia! Posiblemente había hecho lo que él, pues seguía vestida de calle. O quizá, pensó, Hebaiston se había equivocado y le devolvió a esta época con algunos minutos u horas de retraso.

El encontronazo había sido esta vez bastante brusco. Ambos salieron trompicados, y mientras Theubis se golpeaba las espaldas contra la cerrada puerta de su cabina, la muchacha dio con su cuerpo en el suelo, lanzando una exclamación.

Y cuando Theubis trataba de inclinarse para ofrecer sus disculpas y ayudarla a levantarse, ella alzó la cabeza.

Sonreía. Dan se quedó de una pieza.

—¡¡Khira!!

Olvidándose del lugar en que estaban y de los varios cientos de personas que tenían los ojos fijos en ellos, Theubis se arrodilló a su lado. Sus brazos rodearon aquel cuerpo adorable, y ambas bocas se juntaron, ¡cosa extraña!, en el primer, apasionado, beso.

Ella fue la primera en tratar de separarse.

—¡Dan, por favor! ¡Nos están mirando…!

El joven se recuperó ligeramente, lo bastante para ponerse en pie y arrastrarla a su coche que, suponía, estaba aún en el aparcadero exterior.

Seguía allí, y el reloj del salpicadero le decía que apenas había transcurrido un cuarto de hora desde que lo dejara. Recordaba bien la última posición de las manecillas.

—¿Es un milagro, Khira? ¿Cómo estás aquí? Yo te suponía… os suponía a todos…

—¿Muertos hace miles de años? —sonrió ella, para seguidamente nublarse su rostro con la tristeza del recuerdo—. Llegué antes que tú, aunque me enviaron unos minutos más tarde. Estoy aquí hace una semana.

—¡Hablas el inglés perfectamente! —se maravilló, para recordar en el acto la fantástica máquina pedagógica—. ¿Dónde están “ellos”?

—No están. Se quedaron “allí”.

Sin poder contenerse más tiempo, Khira ocultó el rostro entre las manos. Su cuerpo se agitó con los sollozos.

Dan le pasó el brazo por la cintura.

—No llores, mi diosa. Ellos están aún vivos.

Khira levantó la cabeza sobresaltada.

—¿Cómo lo sabes? —pero al ver la seria expresión de su rostro, pese

a la optimista frase, volvió a decaer—. No. No es cierto.

—No te engaño, Khira. De verdad. Físicamente han muerto. Pero vivirán eternamente en el recuerdo de los hombres, al menos de este planeta. Si bien que algo desfigurados por el transcurso del tiempo, sus hechos perduran. Y puedo decirte más —era algo maravilloso lo que acababa de ocurrírsele. Según hablaba se iba animando—: ¡Derrotaron a Taitón, y luego a otros enemigos que surgieron para derribar el nuevo imperio creado por ellos! ¡Triunfaron en toda la línea!

—No pretendas engañarme, Dan. ¡Por favor…!

—Voy a demostrártelo inmediatamente.

Sin pronunciar otra palabra, puso el coche en marcha. Durante media hora condujo en silencio. Y aún se mantenía callado al detenerse ante un edificio de majestuosa apariencia. Subieron unas amplias escalinatas de mármol, un ascensor los dejó varios pisos más arriba, y, finalmente, penetraron en una amplia estancia en la que reinaba un sepulcral silencio. A lo largo de todas las paredes, ocultándolas, gigantescas estanterías repletas de libros.

Dan Theubis no vaciló un segundo. Sabía bien dónde estaba lo que quería. Siempre solemne, sin romper el mutismo ni una sola vez, entregó a la muchacha un libro, abierto por determinado lugar.

Ella se sentó en silencio en una cómoda butaca. Dan lo hizo enfrente.

Sus ojos, mientras Khira leía ansiosamente, estaban fijos en el título de la obra: *Mitología General.*

Media hora… luego una más. Khira clavó la mirada en el rostro de Theubis.

—Pudiera ser… Coinciden muchas cosas. Y si consideramos lo que para los antiguos representa la utilización de armas y mecanismos que les parecen milagrosos por lo desconocidos…

—¿Te convences?

—No sé si creerlo aún. El Gran Khron sería *Cronos, Urano*, quien devoraba a su hijos, los *Olímpicos*. Él era un *Titán, Hefestos*, el contrahecho *Vulcano*, maravilloso artífice, bien pudiera ser la persona de Hebaiston con sus taras físicas. Heram, el orador, tiene muchos puntos de contacto con *Hermes* o *Mercurio*, el de los pies ligeros.

—Hadeses sería *Hades, Plutón*; y su esposa Persheh, ¿por qué no ha de ser *Perséfone*, la *Proserpina* de los romanos? —remachó Theubis.

—Lan—res, el belicoso, y cobardón a veces, es el vivo retrato de *Ares, Marte*, el dios de la Guerra. *Venus, Afrodita*, es Afrias, la esposa de Hebaiston. Tan frívola como la pintan aquí. Y tú, serás…

—¡No lo mientes, por favor, *Hera*, esposa mía! ¡Bastante me pesa que lleve mi nombre el mayor planeta del Sistema Solar!

Rieron ambos. Ya no era como si sus amigos hubieran muerto por completo.

—Son muchas coincidencias para que no pensemos que la real existencia de nuestros amigos haya podido llegar a convertirles en estos héroes, dioses míticos. Pero, ¿qué me dices de Alcide, Dan? ¿Moriría antes de alcanzar un puesto en el Olimpo, Olyam para nosotros?

—No lo creo. *Herakles—Hércules* fue apodado *Alcides* por algunos autores. Tal vez lo que consideramos su nombre real fue en realidad un alias.

Tomando el libro de las manos de la muchacha lo reintegró a su lugar.

Al apartarse del estante sonreía. ¿Qué pensarían los sesudos investigadores de la historia antigua si él llegara a decirles que la Mitología griega se basaba en hechos ciertos? ¿Que los Doce Olímpicos existieron… y que, él mismo figuraba como su jefe supremo, aunque no lo fue en realidad más que ocasionalmente?

—Me encerrarían en un manicomio sin dudar un segundo —dijo en voz alta, en forma inconsciente.

—¿Qué dices? —preguntó Khira.

El se volvió a ella sonriendo. La tomó del brazo, y empezaron a bajar las escaleras. Habían olvidado que el ascensor era más rápido.

—Nada, querida. Estoy pensando que hoy es tu onomástica, y mañana, y la semana próxima. Eso hay que celebrarlo.

—¿Por qué dices eso? ¿Existe Santa Khira, acaso? —se asombró ella

—No está en los altares —reconoció él—. Pero posiblemente sea de las primeras en antigüedad. Eres tú misma. ¿No lo sabías?

—¿El qué he de saber? Hablas en enigma, Dan.

—Hoy es 1 de junio. Y será junio durante treinta días seguidos. ¿Sabes lo que eso significa? —ella movía negativamente la cabeza—. Este mes fue dedicado por los romanos a Juno, la esposa de Júpiter. Y, si no recuerdo mal, Juno (*Khira—Hera*) eres tú.

—¡Pero yo no soy la esposa de Júpiter!

—Eso lo podemos arreglar enseguida. Hay que celebrar esa fiesta. Por tanto, hablaremos con un sacerdote… con el juez —de pronto se le ocurrió una idea que le hizo estremecerse.

—¡Oye! ¿Cómo arreglamos lo de tu certificación de nacimiento?

# FIN

# NOTAS

1 Cuarta dimensión: Tiempo. Las otras tres son las corrientemente conocidas de longitud, altura y profundidad.

2 Semana-luz: Distancia que recorre la luz en una semana, a la velocidad de 299.780 kilómetros por segundo, o sea, aproximadamente, 181.306.944.000 kilómetros.

3Anti-g: Anti-gravedad. Suele utilizarse la inicial “g” únicamente en lugar de la palabra completa “gravedad”. Así se dice “2 g” en lugar de “dos gravedades”, etc.

4 Hibernación: Sueño prolongado. Muchas especies animales, especialmente de las latitudes donde el frío invernal es excesivamente intenso, caen en una especie de sopor durante varios meses. En todo este tiempo no necesitan comer, nutriéndose de las grasas acumuladas durante la época cálida.